

MUJERES QUE CUENTAN en el Valle del Alto Guadiato





Contenido

MUJERES QUE CUENTAN en el Valle del Alto Guadiato	1
RELATOS DE MIS PADRES	7
LA HISTORIA DE UNA MUJER	8
NOSTALGIA	10
LA VIDA DE CLAUDIA	12
LA CORONADA	15
LA FORMA DE VIDA DE LOS AÑOS 30	18
NUESTRAS VIVENCIAS	21
RETAZOS DE UNA VIDA	22
ANÉCDOTAS DE MARI PAZ	25
SUCEDIÓ EN BELMEZ	26
OCURRIÓ EN VALSEQUILLO	27
MI NIETO VERANO DEL 2006	28
RECUERDO DE LOS AÑOS 70...	30
RECUERDOS PEREGRINOS	31
LAS HISTORIAS DE MI MADRE "EL SALUDAOR"	33
EL PRADO DESDE EL AÑO 1935 AL 1962	35
CON CORAJE Y A LO LOCO. LA HISTORIA DE LOLA	36
¡LLEGA LA FERIA!	49
BIOGRAFÍAS DE ABUELAS	51

MUJERES QUE CUENTAN

“...el fruto
primero, el
primer manojito
de flores de
una primavera
cultural...”

El libro que tienes en tus manos no es sino el fruto primero, el primer manojo de flores de una primavera cultural que el Grupo de Desarrollo Rural del Valle del Alto Guadiato ha tenido la feliz idea de alumbrar en este rincón de Andalucía, considerado tantas veces por unos y otros como dejada de la mano de dios y de los hombres.

Son los primeros balbuceos literarios de un grupo de mujeres que se han enfrentado a la página en blanco sin otra preceptiva que las ganas de contar. Con más miedo que vergüenza, con valentía en algún que otro caso, han decidido, salvando las evidentes distancias, colocarse *en primera línea*, emulando a aquellas literatas inglesas del s.XIX con que nos ilustró el profesor Bernd Dietz en una conferencia inolvidable enmarcada en este mismo proyecto.

Que la mujer de nuestro tiempo tiene mucho que decir es una realidad ya afortunadamente visible en nuestra sociedad. Lo que estas mujeres del Alto Guadiato manifiestan es que les ha llegado también la hora de contar, que no es lo mismo.

Contar no cómo lo hacía Sherezade, aquella famosa esposa del sultán Scharrar , sin descanso, durante mil y una noches, acuciada por la apremiante necesidad de evitar la muerte segura a la que su marido condenaba a todas sus mujeres, despechado por la infidelidad de una de ellas. Contar, pues, no como un trabajo, uno más, para salvar la vida, sino contar por puro gusto, para ser más persona, más completa como ser humano.

Hay que decir que algunos textos son obras de ejecución verdaderamente coral, donde la voz narrativa es eso, pura voz iletrada, música del alma a la que manos amigas han de ponerle la letra. Otros son producto de una rara fuerza creativa que impresionan por su capacidad de emocionar. Literatura pura que ya quisieran para sí muchos autores consagrados.

Me atrevo a decir que entre los relatos presentes en este libro hay piezas que rebasarían con creces el listón de la crítica literaria más exigente. Tal es el caso de *La vida de Claudia* que tuvimos la dicha de leer en las II Jornadas Iberoamericanas de Lectura y Escritura, celebradas en Madrid en Abril de 2008, que arrancó las lágrimas de un público formado en su mayoría por profesores universitarios de varios países hispanoamericanos. El director de las bibliotecas de la Comunidad de Valencia al que precedíamos en el

Edita: Grupo de Desarrollo Rural Valle del Alto Guadiato.

Equipo Coordinador: Francisca Vicente Martínez, María del Carmen Muñoz Pérez y Antonio Monterroso Madueño.

Textos: Mujeres del Valle del Alto Guadiato y alumnos del "I.E.S. Lope de Vega" (Fuente Obejuna).

Fotografías: Ceditas por los alumnos del "I.E.S. Lope de Vega" (Fuente Obejuna).

Diseño y maquetación: ñ· multimedia.

estrado, acostumbrado a presentar a las plumas más laureadas del panorama literario español, nos confesó: después de la atmósfera mágica que aquí se ha producido con ese relato, qué de interés voy a decir yo a continuación...

¿Cuál es la magia que encierran algunos de estos relatos? Que son secretos del corazón, agua fresca que brota del pozo inagotable del sentimiento de unas mujeres que han decidido poner en marcha la noria y a través de los canjilones de su memoria sacar a la luz una sabiduría antigua que nunca parece porque tiene el valor esencial de lo auténtico.

Y ¿con qué mimbres se arman estos relatos? Con los que decía Oscar Wilde: “No existen más que dos reglas para escribir: tener algo que decir y decirlo” Y las mujeres del Alto Guadiato, como las de tantas otras geografías, tienen mucho que decir. Seguramente, lo que han callado durante demasiado tiempo.

Por todo ello, quiero pensar que esto no es nada más que el comienzo, el balbuceo inicial, repito, de una energía creadora que ha de convertirse en una obra polifónica que dé forma armónica a los ecos que en su corazón albergan.

Hay un proverbio de H.D. Thoreau que dice: “Cuán vano es sentarse a escribir cuando aún no te has levantado para vivir” Estas mujeres llevan mucho tiempo de pie, en el hogar y en el tajo. Por tanto, tienen mucho que contar. Y quieren, a través de la literatura, que contemos con ellas.



Antonio Monterroso
Octubre 2008

01

RELATOS DE MIS PADRES

Me dispongo a escribir los relatos e historias que escucho de boca de mis padres.

Ellos cuentan las cosas que les pasaban cuando eran pequeños. Sobre todo me hablan de la guerra. Las penas y las fatigas que pasaron en la huída cargados con todas sus pertenencias: colchones, mantas, la matanza e, incluso, sus animales, todo lo que necesitaban para poder subsistir. Iban de pueblo en pueblo, oyendo el ruido de las bombas y los cañonazos, muertos de miedo y con la esperanza de que no los alcanzaran. Se refugiaban en los cortijos que encontraban abandonados a su paso, allí echaban los colchones en el suelo y todos juntos, mujeres, niños y ancianos, todos de la misma familia, pasaban la noche como podían.

Mi madre me cuenta que ella era muy pequeña y junto a sus hermanos se acurrucaban junto a su madre. Muertos de cansancio se dormían plácidamente. A veces se quedaban incluso debajo de una encina.

Cuenta que cuando a su padre le tocaba hacer guardia, su madre cogía todos sus hijos y los llevaba a casa de su abuela y ella esperaba pacientemente toda la noche

levantada, al calor de la hoguera, a que regresara su marido de hacer la guardia.

Aunque pasaron muchas penas y calamidades hablan de su infancia y juventud con mucha alegría, quizás disfrutaron de ella más que muchos niños de ahora que, aunque lo tienen todo o casi todo, no son ni la mitad de felices que eran ellos.

Mi padre me cuenta que trabajaban de sol a sol y que cuando había baile, estaban toda la noche bailando. Al llegar de madrugada a casa, su padre lo mandaba al campo a trabajar y ello sin rechistar, porque entonces sí había respeto hacia los padres, se iban a cumplir con su obligación.

Entonces no había agua en el pueblo. Cogían sus cántaros en la cabeza con una rodilla, que es una especie de cojín redondo, donde ponían el cántaro y otro en el cuadril e iban a por agua a una fuente que estaba bastante lejos del pueblo.

Necesitaría mucho papel para escribir todas las cosas que me cuentan porque, aunque su memoria en el día a día ya no es muy buena, se acuerdan de todo lo que han vivido a lo largo de sus muchos años de vida.

Lo que mas me fascina es que lo mismo uno que el otro hablan de sus familias con mucho cariño. Se querían mucho. Los primos hermanos de an-

tes eran casi más que los hermanos de ahora. Porque en esta vida tan estresante que vivimos hoy no tenemos tiempo ni de querernos.

Voy a terminar este relato, porque, como ya he dicho antes, necesitaría mucho papel para escribir todas sus vivencias, y ellos no se cansan de contarme y contarme, y yo no me canso de escucharlos.

Miró a los ojos a su madre y sintió que algo dentro de ella se moría, sólo tenía trece años cuando su hermano Ene-reo de tan sólo dos años y medio acababa de morir de una enfermedad llamada ictericia.

¡Qué dolor tan grande! Y ni siquiera podía recluirse en su habitación y desahogarse con la almohada, tenía que ir a cuidar las pocas ovejas que pertenecían a su familia, mientras su padre y sus hermanos trabajaban echando jornales en el campo.

Era una época difícil, se levantaban al alba, desayunaba unas pocas migas, que compartía del mismo cuenco con sus otros cuatro hermanos; después introducía unos torreznos y un trozo de morcilla en la talega que se llevaba a guardar el ganado.

Cuando volvía a su casa ya estaba anocheciendo, así que tenía el tiempo justo de lavarse un poco, en un baño que su madre había preparado con agua templada; se sentaba a cenar gazpacho o



pescado en lata, que era lo que podían permitirse, y se acostaba pronto, porque al día siguiente otra vez había que madrugar.

Así siete días a la semana, 365 días al año, hasta que cumplió dieciséis años y encontró trabajo en una casa de la Granja de Torrehermosa, un pueblo que había cerca del campo en el que vivía su familia en esos momentos. No podía quejarse, su señora, de nombre Hipólita, no era mala, pero eso no quitaba que tuviera que barrer la casa, hacer las camas, fregar el suelo de rodillas y lavar la ropa, en la panera, de ella, de su tía y dos sobrinos que tenía recogidos, por sólo treinta pesetas al mes y un plato de comida.

Allí estuvo durante un año, su familia se trasladó a trabajar a un campo cercano a Cuenca, que pertenecía a los panaderos y ella se fue a servir a casa de éstos. Es verdad que el trabajo aumentó, ya que en la casa vivían siete personas, pero también aumentó el sueldo, le pagaban cincuenta pesetas al mes, estaba más cerca de sus padres y hermanos y además la trataban como a una más de la familia.

Cuando cumplió veinte años tuvo

que regresar a la Granja de Torrehermosa, esta vez a casa de su hermana mayor Saturnina, pues tenía dos niños pequeños y necesitaba ayuda; así que por las mañanas cuidaba de sus sobrinos y por las tardes se iba a quitar hierbas malas en las siembras o a arrancar garbanzos, para ir guardando las quince o dieciséis pesetas que ganaba y así poder llevar ajuar cuando se casara, ya que tenía novio desde hacía dos años y rondaba por su mente casarse con él.

Por esa época encontró el trabajo de panadero en la Coronada, así que en septiembre cumplieron su sueño, se casaron y se fueron a vivir a este pueblo, llevando en una burra todo lo que poseían. Ella dejó de trabajar en otras casas, se dedicó a cuidar de la suya y atender a su marido.

Al quinto mes de estar casada se quedó embarazada, fue una noticia estupenda, estaba deseando ser madre, no sabía ella en esos momentos que a eso se dedicaría el resto de sus días, a trabajar mucho en su casa y a criar hijos, porque a lo largo de la vida ha tenido ocho retoños. Con tantas bocas que mantener, su marido compró unas pocas de vacas para poder aumentar los ingresos, a las que cuidaba tras la jornada en la panadería.

Durante todos estos años ella ha sido y sigue siendo: limpiadora, cocinera,

Carmen Lourdes Ortiz Ortiz
La Coronada

03
NOSTALGIA

modista, vaquera, psicóloga, enfermera, y muchas otras profesiones, sin más titulación que la que le ha dado la mucha experiencia, pues es lo que lleva haciendo desde hace cincuenta años, “por y para” sus hijos.

Escribo esto no sólo como un reconocimiento a su infatigable trabajo; sino también por todos los momentos en los que ha vuelto a sentir que algo se le moría por dentro, pues ha enterrado a otros dos hermanos, a sus padres y a su marido, y nunca se ha abrazado a la almohada echándose a llorar, **sino que ha seguido trabajando y luchando por los suyos.**

Esta es la vida de una mujer, de Mi Madre; pero igual podría ser la vida de cualquier otra mujer. Mujeres que la historia siempre ha olvidado y ya es hora que empecemos a recordarlas.

Luz Marina Fernández Mahedero.
10 de abril de 2008

Nunca pensé que me iba a poner delante de un papel para escribir algunas notas biográficas mías.

Nací en La Coronada y con tres días, después de mi bautizo, me llevaron a Peñarroya. Allí viví mi niñez, adolescencia, juventud y parte de mi madurez.

Aunque vivía en Peñarroya, las vacaciones y algunos fines de semana junto con mis padres y hermanos veníamos a pasarlas a La Coronada, allí vivían mis abuelos maternos.

La Coronada era no sólo una aldea de Fuente Obejuna, era un sentimiento que reinó en mí, algo que siempre me llamaba la atención.

Me interesaba mucho cuando mi abuelo me contaba cosas del pueblo, la memoria histórica que en la actualidad está tan de moda y que no sólo en ellas están las cuestiones políticas.

Me encantaba la historia de “la encantada que está en el cerro de la Calaveruela”, la del pellejo del buey, que me contaba que cuando los moros estuvieron



NOSTALGIA

por aquí dejaron enterrada una piel de buey cosida y llena de monedas de oro debajo de la encina del cuervo.

Bueno, todavía no la hemos encontrado. Pero lo que más me gustaban eran las murgas, pues todas eran anécdotas del pueblo.

Voy a mencionar algunos estribillos, pues son dignos de que no se olviden por la simpatía con que están hechos y aunque en algunos no se mencionen sus nombres son todos de personas de la aldea.

Una murga que llamó la atención fue un saludo a una maestra que vino al pueblo, creo que se la harían por su condición de mujer y su estatus de enseñante que en los años 40 no era muy normal, decía así:

*A doña Carmen Lafuente
Venimos a saludar
Y aunque en su
pueblo no esté
Pase un feliz carnaval....*

Los comercios también jugaban un papel importante en aquellos tiempos y ¡cómo no les iban a sacar su murga!

*El otro día fui yo
a por tres pe-
rras de chichas*

*al comercio de la Andrea,
que eso es un robo a la vista.
Estando en el mostrador,
me estuve muy bien fijando
Y en la balanza tenía
un plomito colgando.
Así que tienen el peso,
tan fiel y bien educado,
que apenas ponen las chichas
ya está el plomito tirando.*

Las críticas a los noviazgos y sobre todo la honra de la mujer eran muy corrientes, sobre todo en estos pueblos pequeños en que todos se conocían. A una joven le sacaron ésta:

*A la casa de Silvestre
Donde vamos a ensayar
A esto de la media noche
Van todas las niñas a
la puerta a escuchar
Pero una de ellas se saltó por el corral
por si podía aprendernos la toná
Salimos todos y una noche la pillamos
De que la vimos tan guapa
nos compadecemos y
se la enseñamos.*

Y por último, ya no quiero ser más repetitiva, voy a contar mi última anécdota en el pueblo con las murgas. Estábamos un grupo de jóvenes en la plaza cantando y cantaron una murga que yo no le encontraba la risa que de todos salía y era así:

Hay niñas en este pueblo

*que les gusta jugar mucho
Y se van todas las tardes
a la plaza a jugar a huso.
Si ustedes quieren saber
los nombres de es-
tas muchachas,
Son la criada de Don Ramón,
la Micaela y su ama.*

Cuál fue mi sorpresa que esa murga en los años 50 se la habían sacado a mi madre.

Carmen Mohedano Gahete
La Coronada

04 LA VIDA DE CLAUDIA

Aquel día me levanté muy temprano, quería dejarlo todo en orden antes de irme. Era el primer año que me iba a estudiar fuera y decidí guardar todos los recuerdos de mi niñez, cerrando así la etapa más feliz de mi vida...

Comencé por recoger muñecas, peluches y cuentos, apilándolos en grandes cajas de cartón. Acabada esa tarea, quise echarle un vistazo, quizás por última vez, a mis apuntes del instituto.

Sentada en el suelo de mi habitación, rodeada de todo ese caos, los fui ordenando por fechas en numerosas carpetas. Cuando cogí el último archivador de los veinte o treinta que acababa de clasificar, apareció de repente entre mis manos temblorosas aquel folio que empezaba a amarillear por el paso del tiempo. Parecía como si solicitase un trato especial, una despedida íntima.

Se trataba de una redacción (...) sobre el amor y la entrega hacia los demás. Me acuerdo que tenía tan solo trece años cuando la



LA VIDA DE CLAUDIA

escribí y que a Esther, la profesora de lengua y literatura, le encantó. Me senté en mi cama para leerla tranquilamente, se titulaba "La Vida de Claudia". Decía así:

"Voy a contar una historia de una chica llamada Claudia, que a los dieciocho años decidió dar un giro total a su vida.

Todo comenzó cuando su tía Laura murió al tercer día de dar a luz a su cuarto hijo. En aquella época, sobre los años treinta, era normal que la familia se ayudara mucho entre sí. Como Claudia era la sobrina mayor, ayudaba mucho a su tía en el cuidado de sus hijos. Ella los quería mucho y los niños a ella también; solían llamarla *chacha*. Cuando Laura murió, se creó un gran problema porque se quedó solo un hombre con cuatro niños pequeños, siendo el mayor deficiente mental. Al cabo de varios meses la familia pensó que buscara a una mujer para volver a casarse y que le ayudara a cuidar a los niños. La familia le proponía mujeres y el no veía a ninguna adecuada, cuando se dieron cuenta que Claudia seguía cuidando a los niños casi sin ayuda y sin prestar atención a los problemas que tenían sus mayores.

A alguien se le ocurrió la idea de que ella sería la adecuada, el problema era que ella era muy joven. Se lo propusieron y tras pensarlo varios días, decidió que no le gustaría ver a sus niños al cuidado de una persona que no los quisiera y por eso cortó la relación con el chico que se le había declarado y dio el gran paso. Así se vio con veinte años casada y con cuatro hijos, la segunda de los cuales siendo sólo doce años más pequeña que ella.

Empezó a acostumbrarse a su nueva vida de casada y a los dos años nació una niña llamada Laura, la quinta de sus hermanos.

Poco antes de nacer la niña había estallado la guerra. Los hombres jóvenes del pueblo se habían ido a luchar. Claudia se quedó en casa con los cuatro niños, sus padres y dos hermanas. Su padre y una de sus hermanas estaban enfermos con tifus. Un día su hermana estaba muy grave, Claudia también se sintió mal, se lo dijo a una prima suya, se acostó y al rato se sintió llorar a un bebé en la casa y fue cuando se dieron cuenta que ella había dado a luz sin haberse quejado. A los tres días empezaron a decir que todo el mundo tenía que dejar el pueblo porque venían los soldados a invadirlo. Salieron corriendo sin ropas ni comidas a refugiarse a un cortijo. Para llegar allí tenían que atravesar un arroyo sin puente que arrastraba

gran cantidad de agua por lo mucho que había llovido. Claudia cruzó el arroyo varias veces con el agua hasta la cintura para pasar a los niños y a su padre y a su hermana, que estaban enfermos. Cuando sonaban las sirenas, todos se iban a los refugios porque sabían que iban a bombardear. El niño mayor que era deficiente mental se asustaba y en vez de esconderse, salía corriendo y ella tenía que ir tras de él para buscarlo. Estuvo mucho tiempo sin saber nada de su marido. Un día llegó la noticia de que en el frente él había enfermado y tuvo que ir allí para cuidarlo.

Cuando la guerra terminó se reunieron todos y su vida se fue normalizando. Llegó a tener cuatro hijos más y había gente que no sabía quiénes eran sus hijos y quiénes no, porque a todos los quería por igual.

Al pasar los años una de sus nietas le decía que a alguno tenía que haber querido más y ella contestaba que sí, que al que más había querido era al mayor de todos, porque era el más débil y el que más la había necesitado y que aún lo recordaba, aunque hacía muchos años que había muerto.

No le gustaba que nadie discutiera, pero aún así decía que la palabra que más dolía era la que se quedaba sin decir.

Llegó a tener veintiún nietos y a conocer a doce bisnietos. Cuando ella murió, vinieron a despedirse de ella todos sus hijos, yernos, nueras y gran parte de sus nietos.

Esta historia de amor y entrega hacia los demás no me la he inventado, ya que desde siempre se la he oído decir a mi abuela, que es la pequeña Laura y a mi madre, ya que Claudia es mi bisabuela, *mi abuela vieja*, que cuando yo era tan solo un bebé me cogía y me cantaba para que me durmiera y a la que recuerdo con mucho cariño. >>

Al terminar sonreí recordando cómo la profesora, entre lágrimas, me felicitaba por mi trabajo.

Sin más, terminé de ordenar las pocas hojas que quedaban en el suelo y lo subí todo al desván. Sentí que me inundaba una enorme paz interior. La dulce melodía de una vieja y querida nana resonaba en mi mente acompañando mi despedida de la niñez.

Lucía Jurado Murillo
La Granjuela

05 LA CORONADA

La aldea más bonita de las catorce que tiene Fuente Obejuna es La Coronada. Tiene unos cuatrocientos habitantes y una extensión de terreno enorme.

Sus calles son anchas y lisas y sus casas casi todas del mismo tamaño. Tiene forma semicuada, casi redonda.

Desde La Coronada se contemplan unas vistas espectaculares: tejados rojos bien cuidados, blancas paredes, sin olvidarnos de sus patios e incluso los olivos que desde ese puente se pueden apreciar.

Junto a las farolas el paseo y sus bancos forman un conjunto que animan para hacer un lienzo de ella.

Si damos un paseo hacia la plaza podemos apreciar el centro del pueblo, con su iglesia blanca, una pequeña fuente en el centro de la plaza, adornada con naranjos. Allí se encuentra una tienda de las más antiguas del pueblo, un bar con un amplio salón de té y baile.

En la misma plaza exponen un mercadillo los domingos. Hablando del domingo: disponemos de un bar en el que podemos degustar unos churros fabulosos y unas cenas estupendas.

A unos metros de la plaza se encuentra un pequeño supermercado que antaño era el bar de Matías, donde también había buenas salas con sus mesas y sus braseros y era el punto de reunión de muchos jóvenes.

En la segunda planta del local celebraban bodas y bailes. Los bautizos y comuniones por aquellos entonces se hacían en casas, sobre los años setenta y ochenta.

En la parte de arriba del pueblo, visto desde la carretera están las escuelas, un pequeño parque y una pista para que los niños jueguen al fútbol, y además tenemos en construcción en la misma zona un salón de usos múltiples.

En la entrada del pueblo, viniendo desde Fuente Obejuna está el ambulatorio, donde todos los días pasa visita un doctor bastante atento con un ATS que te atiende de maravilla, sin olvidarnos de un pequeño botiquín donde



encuentras todos los medicamentos necesarios; atendido por una persona amable y cordial.

Bueno no quería hacer mi relato largo, no quería cansaros, pero cómo no voy a nombrar la dos tiendas más que tiene el pueblo, una casi a la entrada, junto a la carretera, que es el estanco, llevado por un matrimonio la mar de “salaos”, la tienda de “Rafalito”, que lo mismo te vendía un litro de aceite como un metro de tejido.

En una de las calles, ancha como todas las que tiene el pueblo tenemos un pequeño parque con una gran palmera, unos árboles muy bien cuidados, unos bancos de hierro y una parada de bus para los niños del colegio.

A unos metros de allí se encontraba el horno de pan, bueno digo se encontraba porque ya se han jubilado y eran dos hornos. ¡Ah! ¿Qué pensáis que no comemos pan?, porque si antes eran dos, ahora son cuatro los despachos de pan, ya que las cuatro tiendas que tiene el pueblo te sirven todo lo necesario, pan, dulces, harina, etc..

La cuarta tienda la llevan unos chavales jóvenes y en ella encuentras de todo, desde pescado a una maceta, también como las demás es antigua “la del Industrial”

Sigo faltan por nombrar el hogar del pensionista, donde nos dan charlas y clases de relajación, antiguo colegio

donde se cantaba el “cara al sol”. Y más arriba un local que en verano se convierte en museo de antigüedades.

Los jóvenes escogen su punto de reunión en una vieja plazoleta que se encuentra en un punto alto del pueblo, dónde también hay un pub con juegos recreativos y billar.

También tengo que anunciar que está en proyecto, ya aprobado, una bodega con elaboración de vino propio, en la misma plaza, creada por un matrimonio “emprendedor”

Y por último el cementerio del que os puedo decir que yo conocí muchas de las personas que allí están, las vi por primera vez cuando vine a este pueblo y ya no están con nosotros. Es bonito, limpio y se respira paz. Está rodeado de árboles, con paredes blancas y muy bien cuidado.

Desde allí se divisan las eras dónde todavía amontonan el trigo y pastan las ovejas, cuidadas por una linda pastorcilla.

Bueno sólo falta hablaros del bar que está un poco fuera del pueblo, dirección El Prado, en la antigua nacional 432, una maravilla, rodeado de árboles dónde te ponen unos pinchos súper. En

verano desde la terraza contemplas las estrellas.

Salimos a los alrededores del pueblo por la mañana en temporada de invierno y primavera y te encuentras el rocío de la noche y, si durante la noche ha helado, pues está toda la siembra blanca de escarcha. Las heladas son tan fuertes que las aceras permanecen mojadas hasta largas horas de la mañana y el campo como si hubiese llovido durante la noche.

Las heladas sirven para curar las buenas matanzas que todos hacemos en el pueblo.

Seguimos el paseo carretera adelante para la Coronada hasta el puente de Los Castillejos, y camino de Los Miraeros dónde en el punto más alto está la ermita de Ntra. Sra. de Las Coronadas hechas por los vecinos del pueblo para que el día de la romería su virgen no se moje.

También encontraréis en Los Miraderos una casa rural recién construida, muy graciosa, con un recinto de caballos para dar largos paseos.

Las vistas son estupendas: Hacia el noroeste está Granja de Torrehermosa, pueblo de Badajoz, y un poco más allá Azuaga, con su castillo.

Seguimos dejando correr la vista a lo lejos un poco al suroeste, altivo y bello, divisamos uno de los cerros más altos de la comarca El cerro de La Calaveruela, de casi 900 metros sobre el nivel del mar, también conocido como el cerro de “La Encantá”. Seguramente será un cuento popular, pero a mí me impactó cuando me contaron la siguiente historia:

“Cuenta la leyenda que corría el año 1375 del reinado de Enrique II era una humilde mujer que con su marido vivía en una vieja cabaña, al pie del cerro, pues era pastor de un gran rebaño de ovejas.

Todos los días subían al cerro para que pastasen las ovejas. Un día se formó una tormenta y un rayo alcanzó a su amado. Ella gritó y lloró desconsoladamente. Subieron los del pueblo pero nada se pudo hacer con el desafortunado pastor. Quedose viuda y sola.

Unos vecinos en el pueblo la acogieron en su casa pero.....cada noche ella se escapaba semidesnuda, corriendo hacia el cerro, llamando a su querido y amado esposo.

Una de tantas noches calló exhausta de cansancio y quedose dormida. En su sueño se le aparece un Ángel que le habla. La noche estaba clara con su luna llena, el cielo limpio, lleno de grandes estrellas que relucían. Se divisaba perfecto el camino estelar.

Los lobos que por aquella época habitaban por doquier salían por las noches a comerse las ovejas que se extraviaban.

La pobre infeliz entre el frío, que tenía los temblores y oía los aullidos de los lobos al creer ver el resplandor del ángel no sabía ni lo que oía ni lo que veía.

De pronto alza sus ojos y ve a su amado, se levanta, va hacia la luz, oye al ángel decir “Tu amado se ha convertido en lobo y todas las noches vendrá al cerro a buscarte”.

Cuenta la leyenda que mujer y lobo cada noche de luna llena se veían por el cerro año tras año desde hace siglos.”

Moraleja del cuento:

“El verdadero amor siempre perdura”.

Ya os dije que sólo era un cuento.

Todo cuanto os relato lo podéis vivir si salís y abris bien los ojos.

Mi experiencia personal después de haber vivido en una gran ciudad durante... muchos años, toda una vida, me demuestra y os puedo decir que no disfruté tanto de la naturaleza como ahora, ni del contacto humano.

Si visitamos cualquiera de las aldeas podremos encontrar en cada una de ellas algo especial y también en sus alrededores, en los campos y encinares, viendo el trigo, el cielo limpio, fuera de la contaminación de la ciudad. En fin así es como yo lo veo. Gracias por escucharme y sobre todo por leerme.

Conchi Morales

Mi vecina es de La Coronada, como yo, se llama Isidora y tiene 78 años. Me ha contado que la forma de vida que hay ahora es muy distinta de la que había antiguamente.

Los juegos y tecnologías que hay ahora, no han existido siempre.

Entre juegos a los que se jugaban antes destaca la petanca, el borriquito y el catre, entre otros; también jugaban a las muñecas, pero no con juguetes de plástico, sino que simulaban que una tela era un bebé.

La vestimenta de aquellos tiempos también era muy distinta, ya que las mujeres y niñas no usaban pantalones, ya que se consideraba una prenda de hombre, lo que se ponían eran vestidos o faldas, pero siempre por la rodilla o por debajo de esta.

Tanto en invierno como en verano, Isidora cuenta que cuando era pequeña, ella debía regresar a su casa cuando se encendían las farolas que alumbran las calles, excepto cuando había baile o era la feria del pueblo.

En los bailes era donde se ligaba, ya que los chicos sacaban a bailar a las chicas una canción, pero si el chico quería algo más

que amistad le volvía a pedir que bailaran juntos otra canción, y así, canción tras canción, bailaban juntos toda la noche y era cuando todas las personas de baile empezaban a sospechar que eran novios. Cuando el baile terminaba, sobre las cuatro o cinco de la mañana, era cuando regresaban a casa y el chico era el que acompañaba hasta la puerta de su casa a la chica, y si a los padres de la chica le gustaba aquel mozo para su hija, entonces continuaban con la relación, pero si no era así, la relación terminaba.

La única forma que tenían los novios y las novias de estar un rato juntos, era con la compañía de alguien que estuviera casado, y muy raras veces se tenían relaciones sexuales antes del matrimonio.

Una vez que la relación ya estaba formalizada y después de algunos años de novios, se casaban. En su caso el noviazgo duró dos años, desde los 22 años hasta los 24.

El banquete de la boda consistía en tomar algún refresco en un bar que lo pagaba la pareja de recién casados con el dinero que sacaban en la boda, junto con dulces que hacían familiares o amigas, y después se iban la casa, ya sea

de los padres del novio o bien de la novia y allí se invitaba a todos los comensales a comer.

En su boda el banquete se celebró en casa de sus padres, y como todos los invitados no cabían, iban entrando a comer por turnos. Después de la ceremonia no fueron de viaje a ningún lugar, ya que ni la situación económica, ni el trabajo lo permitían.

Tras casarse, se quedaron a vivir en casa de sus padres, y allí iniciaron su vida como casados.

En las casas no había cuarto de baño, sólo tenían en aquella época cuarto de baño en el pueblo las personas con más nivel económico que se lo podían permitir y la mayoría de las personas de las capitales. Para hacer las necesidades tenían que ir al patio (corral), y si llovía o bien iban al patio o utilizaban escupideras que debían lavar posteriormente.

Los cuartos de baño se construyeron en todas las casas no hace más de treinta y cinco años aproximadamente, cuando instalaron acometidas en las calles y casas del pueblo.

Cuando ella nació ya existía la luz eléctrica, pero no como la conocemos



actualmente. Había bombillas en todas las habitaciones de la casa, pero no podían funcionar todas a la vez, sino de una en una. Sólo funcionaban por la noche, a la vez que se encendían las luces de las calles.

Me cuenta que la mayoría de las noches al no haber televisión se jugaba mucho a las cartas y se leían novelas que compraban por capítulos a unos señores que las vendían por las calles.

La radio apareció cuando era joven.

Dice que era raro ver coches por el pueblo, pero cuando oían el ruido de alguno todos corrían para verlo; actualmente, le parece una tontería el hecho de correr para ver un coche, pero en aquella época era algo inusual, ya que sólo lo poseían las personas que vivían en la ciudad y posteriormente lo fueron adquiriendo aquellas personas cuyo nivel económico se lo podía permitir. La primera vez que ella fue a Córdoba en autobús fue a los 22 años, anteriormente ella no había salido a pueblos lejanos, sólo a los pueblos de los alrededores, a aquellos en los que podía llegar montada en burro o andando. También había un tren de cercanías en el cual iban a Azuaga par hacerse los trajes de la feria.

La llegada de la televisión la recuerda casi a la misma vez que la de los coches, y dice que cuando una vecina de la calle se compró una, todo el mundo

iba a su casa para verla, y cuando había toros en la tele la casa se llenaba de gente.

Las personas que tenían televisión en su casa cerraban la puerta para que las demás personas no la molestaran, pero dice Isidora que la mayoría de los vecinos vigilaban desde sus casas para ver cuándo abrían la puerta para poder entrar. La primera televisión que compró la familia de Isidora fue en blanco y negro en 1972.

El teléfono se inventó no hace mucho tiempo, pero antes de que todo el mundo tuviera uno en sus casas como actualmente, me ha contado que sólo existía uno en todo el pueblo y si querías llamar o recibir alguna llamada deberías ir a casa de esa persona.

Dice que ella nunca se hubiera imaginado que la tecnología avanzara tanto y que ahora se vive mucho más cómodamente. Está muy contenta de poder ver todos los avances que, según ella, hemos conseguido en los últimos cincuenta años.

Entrevista a Isidoro Guerra por
María Isabel Alcalde
- La Coronada-

07 NUESTRAS VIVENCIAS

Haciendo memoria sobre nuestra infancia en Peñarroya-Pueblonuevo de El Terrible, vienen a nuestra mente vivencias que hemos tenido en él.

Nuestra niñez transcurrió en las calles, ya que los únicos juegos que teníamos se realizaban en ellas.

Jugábamos a la comba, al diablo, a las cuatro esquinas, al escondé, al mocho, a la gallinita ciega... y cosas así.

De juguetes teníamos las muñecas de trapo con el pelo de lana que las abuelas nos proporcionaban.

Hemos crecido, pero una de las grandes diversiones que hoy no tenemos y echamos en falta es el cine. En nuestro pueblo había ni más ni menos que cuatro cines.

También echamos de menos el teatro.

En el Teatro Zorrilla actuaron artistas de moda como el Dúo Dinámico y Raphael y cantantes de copla como Marifé de Triana y todas las demás importantes de la época. En el cine Gran Capitán eran famosas sus sesiones dobles y triples.

Cuando podíamos comprábamos pipas, caramelos y... agua, que la



pregonaban los aguadores “¡a perrilla la jartá!”. En El Palmeño comprábamos unas patatas fritas recién hechas, deliciosas y crujientes. Luego nos íbamos a El Llano a pasearnos, pero sólo los domingos porque nuestros mayores nos decían:

- Pasear, poquito, que el buen paño en el arca se vende. De lo contrario os pondréis muy vistas, así que al encenderse las luces, a casa.

Siempre estábamos deseando que nos encargaran ir a hacer mandados. Nos premiaban con una perra gorda y enseguida a gastarla al puestecillo de chucherías a comprar las clásicas golosinas: pipas, tostaos y los recortes de los dulces de la popular Justa.

Centro de la Mujer (Peñarroya-Pueblonuevo).

Amanece un día gris y Conce, como cada mañana, está en la ventana mirando el horizonte, cuántos sueños no cumplidos, cuántas promesas que se quedan en el camino.

Conce recuerda sus años de juventud paseando por el pueblo con sus amigas y vuelven a su memoria aquellos días de felicidad cuando conoció a Manuel. Cuando le prometió que la haría la mujer más feliz del mundo. Cuando quería darle la luna y las estrellas y recuerda a su madre diciéndole que ese hombre no le gustaba mucho y ella se reía porque lo quería con locura y piensa cuando empezó a cambiar. Entonces cierra los ojos y ve pasar su vida junto a él.

Los años de novios fueron de felicidad. Ella tenía 15 años, pero él ya era un hombre de 23. No era del mismo pueblo y ella lo esperaba con ilusión cada día cuando iba con sus compañeras a coser con la modista o cuando por las tardes iba a bordar para procurarse el ajuar, como se hacía antes.

La ilusión de que él vendría por la tarde a verla y a escondidas se veían un rato y así hasta que él decidió que se casaban.

Ahora se da cuenta de que él decidía y ella callaba, pero entonces todo lo veía de color de rosa.

Llegó la boda y el salir de su pueblo y

recuerda con pena que ahí empezó su martirio. Los gritos, el “esto se hace porque lo digo yo” y el sufrimiento de no tener a quién confiarse.

Sólo tenía 18 años y cada día lo mismo, si ella tenía la osadía de plantarle cara, él la anulaba como mujer dándole una bofetada, saliendo dando un portazo y dejándola en un mar de lágrimas y ella como lo quería, lo disculpaba diciendo: “no tenía que haberle contestado”. El pobre venía cansado de trabajar y cuando regresaba él le pedía perdón y ella lo perdonaba.

Así un día tras otro.

Conce recuerda el día que descubrió que estaba embarazada. No cabía en sí de gozo. El día se hizo eterno esperando a Manuel para decírselo y en qué mala hora. Lo que para ella era un motivo de alegría para él era una carga. Recuerda, que amenazándola con el dedo le dijo: “¿eso era lo que querías?. Pues vas a saber lo que es bueno”. Y vaya si lo supo. Se iba cada día, al llegar del trabajo, dejándola sola y regresaba de madrugada. Los fines de semana ni regresaba. Pero ella era feliz porque su hijo crecía dentro de ella y lo sentía palpitar. Se pasaba la mano por el vientre y hablaba con

él. Era la única compañía que tenía.

Una noche volvió más bebido de lo normal y ella, al escucharlo, se levantó, como cada día, para ponerle la cena, bueno casi el desayuno. Venía nervioso como si le hubiera pasado algo y ella mirando al suelo, procuraba no enfadarlo, pero mientras más callada estaba más se enfadaba y en uno de sus gritos y de sus golpes sólo recuerda uno seco en su vientre y el miedo a perder a su hijo la hizo correr a casa de la vecina y gritarle a él que no la vería más, que se iría a su pueblo.

Pero otra vez la marcha atrás. Otra vez venía llorando, pidiendo perdón y ella a perdonar. Esta vez parecía verdad porque volvió a ser el hombre que conoció: cariñoso y atento. Empezó a traerle flores. Cada día la sorprendía con un regalo. ¡Dios! Todo era felicidad, pero qué poco duró, dos meses justos. Cuando nació su hijo entonces todo empezó otra vez, pero ésta vez era peor. No le importaba insultarla delante de los amigos, le decía que no valía para nada, que sólo estaba pendiente del niño, que a él lo tenía descuidado y otra vez los golpes, pero ella lo seguía perdonando y justificando.

En su casa su familia no sabía nada y él se hacía el fuerte al pensar que ella nunca se iría de su lado, que nunca tendría el valor de dejarlo y llegó el día, aún lo recuerda, le daba el pecho a su hijo y empezó a gritarle a su hijo. Ella callaba y con la vista mirando al suelo le pedía a Dios que se marchara, pero no se fue, siguió gritando y escuchó esa bofetada y los gritos de su hijo. La mano le alcanzó la carita y ella levantando la vista con una impotencia que no sabía cómo describirla sin fuerzas para levantarle la voz, sólo pudo articular unas palabras y fueron para decirle: “Esta es la última vez”. Y el pensar que no quería darle esos días de miedo a su hijo le dio fuerzas para dejarlo, para irse con su familia que la recibió con cariño y cada día le da aliento para seguir adelante.

¡ADELANTE! Esa palabra se la ha repetido montones de veces, pero como mujer está anulada. Piensa, como él se lo ha hecho creer millones de veces, que no sirve para nada y ella de tanto decírselo, se lo ha llegado a creer.

Piensa en por qué su profunda depresión, si con otra mujer él se hubiera comportado de otra manera. Siempre justificando en su corazón, pero no habla su mente, sino su amor. El profundo amor que seguía sintiendo por él y que aún lo perdonaba. La había anulado tanto como mujer que pensaba

que aún podría cambiar. No sabía que el maltratador no cambia, sino que se va engrandeciendo cada vez que humilla y anula al contrario.

En esos días él no paraba de llamarla, de decirle que sin él no sería nada, que no servía para nada, que los suyos la echarían a la calle cuando se cansaran de mantenerla a ella y a su hijo. Y ella lloraba en silencio dándole la razón y se encerraba en su habitación de soltera, negándose a salir a la calle. Se sentía avergonzada de que sus amigas la vieran fracasada, pero sus amigas, esas que él nunca quiso que las llamara para que nunca pudiera contarles nada y que sólo dependiera de él, la animaron a salir, a quererse, a que se cuidara, a verse guapa por fuera y por dentro, a sentirse persona y a buscar un trabajo para seguir adelante ella y su hijo, para tener una vida digna.

Ahora tiene trabajo, amigos que saben hacerle ver lo que vale ella misma y aunque amanezca un día gris como el de hoy, para ella es un día estupendo, lleno de amor y de calor, porque pudo escapar de su verdugo, porque supo decir ¡BASTA!

Conce escucha a su hijo llamarla y vuelve al día a día con una sonrisa sabiendo que ya nadie se la borraré y cogiéndose de la mano de su hijo recorre las calles de su pueblo, el pueblo que la vio nacer, donde creció feliz,



donde tantas tardes de primavera paseó con sus amigas y donde ahora vuelve a ser otra vez persona, donde empieza a mirar a la gente a la cara sin perder la sonrisa, a confiar en ella misma y piensa que, ¿por qué no?, algún día conocerá al verdadero amor y tendrá la oportunidad de amarlo, que la ame y envejecer a su lado. ¡¿Por qué no?!

Ella también tiene derecho a ser feliz.

Fdo. Conchi Torres.
Asociación de Mujeres Cronos de Belmez.

09 ANÉCDOTAS DE MARI PAZ

Empezaré presentándome: me llamo Mari Paz y nací en un pueblo de Sevilla llamado El Saucejo. Os voy a contar dos pequeñas anécdotas de cuando yo era pequeña.

En mi pueblo, supongo que como en otros muchos pueblos de Andalucía, una de sus calles principales era el paseo. Allí acudía todo el mundo a pasear. Los jóvenes, por supuesto, también. Así, cada uno se fijaba en la mocita que le gustaba e intentaba pasear con ella.

Había un muchacho muy tímido al que le gustaba una joven, pero cada vez que le iba a decir algo, su timidez se lo impedía. Los amigos lo animaban para que se echara “palante”.

Ella, una de las veces que paseaba hacia arriba de la calle, notó que el muchacho estuvo a punto de lanzarse, pero en el último momento tiró para atrás, rojo de vergüenza como un tomate. Pero le prometió a los amigos que cuando la mocita volviese calle abajo le iba a largar un piropo que la iba a dejar sin respiración.

Así que se preparó, todo él echado para adelante y cuando la muchacha estaba a su altura le soltó:

- “¡Ole ahí! De endenantes ibas parriba y ahora vienes pabajo”

Desde luego, la muchacha se quedó sin respiración.

Bueno, ahora vamos con la segunda. Mi vecina tenía un sobrino que iba muchas veces a visitarla y, como niñas que éramos, salíamos a la calle y jugábamos con él. El niño tenía una cabeza muy, muy gorda.

Un día que estábamos sentadas en la entrada de nuestras casas para descansar un poco entre juego y juego, pasó un camionero. Al ver al niño paró en seco, se lo miró muy serio de arriba a bajo y dijo:

- ¡Jesús, qué niño!, ¡si tuvieran que hacerle un gorro de goma, los camiones tendrían que andar con muletas!



Este relato sucedió en Belmez, casi finalizada la Guerra Civil, que en este pueblo fue bastante represiva por los dos bandos, tanto el republicano como el de derechas. Aquí mataron al cura Don Manuel, saquearon las iglesias, quemaron las imágenes y las arrastraron por las calles y persiguieron con mucho odio por los dos bandos.

Casi toda la gente se fue del pueblo buscando refugio en zonas que no había guerra.

Los que se quedaron porque tenían sus industrias, su trabajo y no podían abandonarlo, pasaron miedo, pues tenían que convivir con los dos bandos. Les pegaban para que no delataran de un bando o de otro y también le obligaban a darles comida y todo lo que querían.

Había un grupo de industriales: comerciantes, panaderos y tenderos a los que les obligaban a darles comida para poder resistir en el monte y si se negaban podía costarle muy caro. Había “makis” en el “Cerro del Moro” y en “Peñaladrones”. Éstos los obligaban a que les dijeran quiénes eran los más ricos del pueblo y durante la noche, ocultos con pasamontañas, robaban todo lo que había de valor en las casas (joyas y demás).

Nadie sabía quién les delataba y les daba sus direcciones. Así estuvieron bastante tiempo hasta que terminó la contienda, muertos de miedo y amenazando a sus familiares.

Y por fin se terminó la Guerra y entraron los de derechas que fueron ganadores. Los que ayudaron a los “makis” tenían el temor de que si éstos cantaban se verían comprometidos, por lo que tomaron la cruel decisión de envenenar los alimentos y eliminar, de este modo, a quienes podían acusarles injustamente.

Esto sucedió en Belmez en tiempos que es mejor no recordar.

Emilia Moyano. Belmez.

Soy Jacoba Sánchez Tena, una señora de 64 años nacida en Valsequillo y que me ha tocado vivir una época de la posguerra muy fuerte, pues nací en el 1943.

Soy la segunda de tres hermanos, tengo una hermana mayor y un hermano menor.

Mi padre se llamaba Miguel, fue una excelente persona, era manijero en un cortijo cercano a la Sierra de la Trapera, se dedicaba a las labores del campo junto con un grupo de trabajadores. A él le tocó vivir lo peor que se puede hacer en esta vida, se lo llevaron a combatir en contra de su único hermano y un hermano de mi madre, o sea su cuñado junto con alguno más de la familia, y que eran contrarios unos con otros. Hubo suerte y no les pasó nada a ninguno.

Pero cuando se acabó todo, fue cuando vino lo peor. He dicho anteriormente que mi padre trabajaba en el campo, pues bien, una noche llegaron varias personas de los que se escondían en la Sierra al cortijo y los retuvieron a todos con el fin de llevarse todo lo que había allí. Se los llevaron al cuartel y allí se hartaron de pegarles hasta sacarles la ropa a tiras.



Ya se pueden imaginar esto que supone para unos niños de corta edad como éramos todos. Después mi madre cayó enferma con ictericia (hepatitis se llama ahora), mi hermana, como era la mayor, se hizo cargo de la familia con tan sólo nueve años, yo sólo tenía tres y sólo sabía llorar por un poquito de pan, y aunque parezca mentira no lo había para satisfacer esta necesidad mía, pues mi madre solía hacer el pan cada quince días y al estar enferma no podía hacerlo.

No sólo se pasó por estas necesidades, también hubo una pérdida irreparable, mi madre perdió a una hermana con tan sólo 18 años, murió debajo de la cama de miedo que le tenía a los aviones. Esto marcó mucho a toda la familia. Seguiría contando desgracias pero ¿para qué?

Gracias. Si este relato les sirve de algo me gustaría que lo publicaran.

Jacoba Sánchez Tena

Una tarde de agosto, con un sol abrasador el niño estaba ayudando a su abuelo. Cuando habían terminado le preguntó si podía ir a coger cangrejos de río. El abuelo muy cariñosamente le dijo que sí.

José Ramón, entusiasmado, no lo pensó dos veces, saltó corriendo, estaba tan deseoso de descubrir por él mismo qué ocurría en el arroyo que atraviesa todos los Miraderos.

El año que llueve mucho se llena de cangrejos de río, también se crían las tortugas gigantes, bueno bastante grandes. Total que Josema que así lo llamamos cariñosamente se moría de ganas por investigar qué ocurría en aquel “regajo”, que así lo llaman todos.

- Bueno ya estoy juy qué grande es! y ¡qué ancho! A ver ¡Puf! ¡Cuánta Naturaleza! No sé, no sé, mira que si pesco una tortuga. ¡Qué ilusión! ¡Uy! ¡Cuánto fango! ¡Qué asco!. Bueno los cangrejos deben estar debajo, no me marcho sin coger o pescar algo.

Claro, con los ojos mirando al charco y al cielo, pues Josema no se percató de que allí, por encima de su cabeza, vivían...un montón de arañas peludas y grandes, muy grandes. Al menos así las recordaba él, con los ojos desorbitados y la boca desencajada. Casi no

le salían las palabras:

- ¡Abuelo, abuelo, que alguien me socorra!

Menos mal que por allí pasaba un pastor pero, naturalmente con el ruido del rebaño no le oía.

El niño cogió confianza y eso le dio fuerzas para salir de allí. Saltó corriendo para el lugar donde estaba el abuelo, colorado y sudoroso casi no le salían las palabras:

*- ¡Abuelo, yaya! - como él me llama - ¡Qué miedo he pasado!
- ¿Por qué? - le preguntamos.
- Porque yo gritaba, he pedido socorro y vosotros no me escuchabáis, decía el pobre niño, mientras le caía el sudor por la frente y los ojos se le llenaban de lágrimas.
- Cariño, le susurré mientras le abrazaba tranquilamente seguro que no será para tanto.
- ¡Si es para tanto!, ¡vente conmigo y lo verás! Querían comerme. ¡Buuuuuuuuuuuu!, decía entrecortado.*

Sabéis que en los Miraeros además de todas las encinas, las florecillas silvestres, el pasto para que coman las ovejas, tenemos un arroyo con un puente construido por unos vecinos ahí debajo se crían cangrejos de río y además en el techo del puente estaban miles y miles de arañas que se querían comer a mi niño Josema.

Josema no es ningún miedica, pero sí que es un chico de ciudad donde las arañas patudas en manadas no existen.

Tampoco se puede dar la satisfacción de coger alguna tortuga que otra, ni ver como se crían los cangrejos, ni observar a las ovejas libres en el campo, o las vacas tan cerca como para poder tocarlas, ni a los caballos poder montarlos o acariciarlos o ver volar a las cigüeñas tan bajo, ver sus nidos con crías; en fin, tantas y tantas cosas diferentes a la ciudad.

A Josema y a su hermana les gusta mucho venir al pueblo de los abuelos (La Coronada)

Conchi Morales



Recuerdo al dueño de la panadería, es decir al abuelo de los que ha han heredado ésta en el 2000, el tío Quico.

Lo recuerdo un señor grueso, con cara afable y muy serio, montado en su burro, con las alforjas cargadas de pan recorriendo las calles, puerta por puerta, sin bajarse de su burro y con la garrota tocar en la puerta.

No olvido el olor del pan tan rico, panes redondos recién horneados.

Me viene a la memoria una anécdota, un domingo, serían sobre las diez de la mañana. Toda la familia en la cama, toc-toc-toc, nadie lo oyó excepto mi marido, que muy bruscamente me despierta:

- Chascha, chascha. ¡A ver quién llama!

Sin pensármelo dos veces, de un salto me levanto y seguidamente me voy para la puerta. Abro sólo el postigo, que antes todas las puertas tenían y me veo al pobre tío Quico cayéndose de su burro, que al tocar a la puerta habría perdido el equilibrio. Pobre, se caía sin remedio, y con su peso no podía hacer nada.

- Nene, nene. ¡Ven corre!

Mi marido se levanta y aparece en paños menores corriendo.

Conseguimos sujetarlo para que no

se cayese, pero al pan no hubo quien lo salvara. Mira, todos los panes redondos por el suelo y el tío Quico despotricando.

Las niñas con todo el alboroto se despiertan:

- Mamá ¿Qué pasa?

Un perro que el panadero siempre llevaba con él ladraba sin parar.

Los de la casa de enfrente, que entonces estaba ocupada por el médico D. Arturo y su señora y su hija también salieron a oír el estruendo.

Después del susto vinieron las risas. Claro que antes todos participamos de la recogida del pan.

Tengo que resaltar que a consecuencia del mal estado de las calles, el suelo no eran sino piedras, pero no todas iguales sino pedruscos traídos de Los Peñascales puestos al tun.tun allá por los años de Maricastaña.

Con esto os quiero relatar la antigüedad de la aldea, cómo se vivía y así podamos apreciar la evolución sufrida en el transcurso de los años.

Conchi Morales

Recuerdos de mi excursión o peregrinación de tres días de duración con destino a Fátima (Portugal).

Salimos de Belmez el día veintinueve de Febrero de dos mil ocho en una mañana de niebla y algo de frío, pero como todos íbamos tan alegres apenas notamos el frío. Lo hicimos en un autobús de la compañía “Pérez Cubero” completo de niños y mayores de todas las edades, entre setenta y cinco y seis años.

Iniciamos el viaje hacia Badajoz y durante el trayecto no paramos de cantar y reír a cuenta de los y las expertas en contar chistes de variada coloratura. Durante el viaje fue momento para rezar los “laudes” que dirigió nuestro cura párroco D. Juan Diego.

Llegamos a Santa Marta, pueblo de la provincia de Badajoz y allí hicimos una parada para estirar las piernas y reponer fuerzas, además de otras necesidades biológicas.

Desayunamos café o té, según los gustos de cada uno, subimos para continuar la marcha, pues ya no quedaba mucho para llegar a la frontera con Portugal.

Don Diego nos puso unas películas relacionadas con lo que veríamos al final del trayecto “Fátima”. La vida de tres pastorcillos a los que se apareció la Virgen en “Cova de Iría”. Aún quedaba bastante camino y decidimos hacer una nueva parada para comer algo y lo hicimos en un “merendero” de la carretera, por cierto muy bonito; ya quedaba muy poco para llegar a Fátima; nos sentamos entre sol y sombra y otros lo hicieron dentro del local y allí estuvimos unos cuarenta minutos. Nuevo aviso para subir al autobús, cada uno ocupó su sitio y ya estábamos sintiendo la emoción de que pronto estaríamos en “Fátima” unos echaban un sueñecito y otros miraban el paisaje que por aquella zona es muy bonito y ya estábamos pasando por “Porto Alegre” que parecía ser una zona turística con una flora parecida a la de España pues por todo el camino se veían árboles de mimosas floridos que parecían manchas amarillas que adornaban el camino.

Por fin a las cuatro y media de la tarde y una hora menos allí llegamos al hotel “Santa Mafalda”, bajamos del autobús y cada uno con su equipaje; nos fueron nombrando entregándonos la llave de la habitación; me tocó la 5ª planta con dos compañeras, Carmen y Pili, nos pusimos cómodas y nos aseamos de prisa porque sólo teníamos media hora para reunirnos con las

compañeras, pues nos esperaban en la Basílica para rezar el rosario internacional; fuimos deprisa y aún llegamos por los “pelos”, rezamos nuestro misterio en español y era muy emocionante, cada persona rezando el rosario en un idioma distinto. Cuando terminó el rosario fuimos a ver la “Basílica”, la plaza es enorme y nadie puede hablar alto pues como ya se sabe los españoles tenemos la mala costumbre de vociferar y cuando vamos a otros países en muchas ocasiones nos mandan callar.

La capilla de la Virgen estaba siempre llena de gente de todas las nacionalidades incluso había fieles que recorrían la plaza de rodillas y llevando velas y flores.

La Basílica es muy grande y de arquitectura sencilla y al lado hay otra capilla donde está el Sagrario y se estaba allí muy bien y todo el mundo en silencio y calentito.

Ya nos fuimos a dormir.

A las siete y media de la mañana había que levantarse pues a las ocho y media daban el desayuno en la primera planta.

Después de tomarnos un buen desayuno fuimos de nuevo a la “Basílica” para la misa en la que iba a actuar de concelebrante Don Juan Diego, con dos curas más de Cracovia y que leyeron en un castellano bastante bueno,

cantaron y leyeron los de nuestro grupo y resultó muy emocionante.

Después de comer, que la comida era a las doce y media; cuando terminó nos llevaron a ver unas grutas (Grutas Da Moeda), maravillosas y con una iluminación preciosa.

También vimos el museo de la vida de Cristo representada en escenas desde el nacimiento de Cristo con todas las escenas de la vida, muerte y resurrección. Una maravilla (me gustó muchísimo) pues las escenas eran de un realismo que impresionaba.

El último día el Hotel nos invitó a una “cata de vinos” de Oporto; pusieron una película de cómo hacían el vino y los cultivaban en una montaña con cornisas para proteger las uvas. Vendieron bastante vino.

Una tarde fuimos al pueblo de los pastorcillos, que es una aldea pequeña y pudimos ver la casa de Lucía, todas las calles están llenas de tenderetes y recuerdos que todos compramos para amigos y familiares.

El último día la misa fue a las once, una misa internacional en una capilla enorme que se fue llenando de fieles que entraban por



tres puertas y todos en silencio con muchos ayudantes que acompañaban a los fieles.

Empezó la misa con una procesión desde la puerta hasta el altar con dos filas de seglares, chicos y chicas.

Nuestro cura don Diego y dos más dijeron la misa en varios idiomas. Cuando terminó ya teníamos que trasladarnos al punto de salida y el autobús nos llevaría al lugar donde íbamos a comer a las doce y media pero como ocurre siempre dos o tres se despistaron y llegamos tarde.

Los despistados aparecieron, fuimos a comer y emprendimos el viaje de vuelta a nuestras casas. Sólo nos paramos en un pueblo para lo de siempre y a merendar y tomar algún refresco. Llegamos a casa a las diez y media de la noche sanos y salvos y muy cansados pero muy reconfortados y contentos.

Marzo 2008.
Emilia Moyano (Belmez)

15 LAS HISTORIAS DE MI MADRE

“EL SALUDAOR”

Tengo cincuenta y cinco años y es la primera vez que me pongo a escribir una historia de las muchas que mi madre me contaba. Ella era la menor de seis hermanos. Su hermana Jacinta, la mayor, es la protagonista de esta historia.

Mis abuelos, Feliciano y María vivían en la finca “El Palenciano”, donde criaron a sus hijos hasta que vino la guerra, que esa es otra historia.

Bueno, pues en aquel tiempo vivía un señor, amigo de mi abuelo, al que le apodaban “*el saludaor*”. Mi madre, en expresión benevolente, decía que tenía la cabeza *un poquito grande*. Aquel hombre tenía el don de curar la rabia a los perros.

Un día mandó aviso a mi abuelo de que no saliera nadie del cortijo hasta que él no se llegara hasta allí. Pero, cuenta mi madre, que era ya la hora de la cena y *el saludaor* no había pasado todavía por allí. Ninguno de los hombres que trabajaban en él se había ido del cortijo y, como eran muy jóvenes la mayoría de ellos, comenzaron a gastarle bromas a mi tía, que era muy presumida. Empezaron a decirle que seguro que era a ella a quien el saludaor quería ver y tocar. Y ella respondía que ni muerta la tocaba ese señor.

Así transcurrió toda la cena, las horas pasaban entre bromas y cuchicheos,

“EL SALUDAOR”

pero allí no se presentaba nadie. Los hombres se querían ir ya a sus casas, hartos de aguardar la visita que no acababa de llegar.

De pronto sintieron ruidos y fueron a ver qué era. Y allí estaba en la puerta el señor que esperaban. Las primeras palabras que pronunció, dirigiéndose a mi tía, fueron éstas:

*- “Dale gracias a dios
que eres hija de Feliciano,
sino a ti no te curo yo”.*

Y se hizo un silencio sepulcral que rompió mi tía para decir:

*- A mí no me ha mor-
dido ningún perro.*

*- Ayer tarde, repuso el salu-
daor, fuiste con tu madre a
visitar una vecina y por el
camino te lamió un perro en
la pierna. Y la frotaste con la
mano para quitarte la baba.
Y ya en casa de la vecina
tomaste café y pastas y no
te lavaste las manos. Así es
cómo has contraído la rabia.*

Mi madre contaba que su hermana se negó a hacer lo que el buen señor le decía que tenía que hacer para sanar, porque ella decía que no tenía la rabia. Así que mi abuela la encerró durante cuarenta días en una habitación para que no viese el agua.

Decía mi madre que a este señor le daban unos ataques durante los cuales veía lo que pasaba en otro sitio. En una ocasión, ella y mi abuela presenciaron cómo entraba en trance. Y cuenta que todos los caballos que allí estaban se quedaron como petrificados sin moverse hasta que el buen hombre volvió en sí.

Pequeñas parcelas de varios propietarios, a unos 1000 metros de distancia del pueblo. Vivían unas seis familias muy unidas.

Por aquellos tiempos las vecinas eran como hermanas.

Los hombres marchaban al campo y volvían al anochecer. Mientras las mujeres hacían sus quehaceres en la casa: lavar con agua de lluvia.

Se hacían charcas tan grandes que iban con sus cestos llenos de ropa cargándolas en la cabeza par lavar en plena naturaleza.

Después tendían toda la ropa sobre la hierba verde, que por aquellos tiempos tanto abundaba.

Todo eran risas y buen humor. Se contaban todo.

Antes de salir a hacer la colada ya se habían dejado un montón de tareas hechas. Solían levantarse a la salida del sol. Lo primero, poner el agua a calentar en las brasas de una gran chimenea, que todas las casas disfrutaban de ellas y hacían las estancias más acogedoras. Los grandes calderos colgados sobre el fuego abastecían las necesidades de agua caliente. Los tazones blancos grandes sobre la mesa redonda con sus faldas camillas y su brasero de picón era el sitio ideal para empezar la mañana toda la familia sentada alrededor.

La madre era la única que podía disfrutar de ese momento. Bueno, a su manera. En un puchero sobre el anafe estaba ya preparado el café que se hacía de achicoria o malta mezclado con su leche recién ordeñada. Eso es un lujo que hoy en el siglo XXI no nos podemos permitir. Junto al café la rebanada de pan o migas, sí, migas que habían quedado del día anterior.

Terminaban de alimentarse cada cual y se iban a realizar sus quehaceres. La madre preparaba el cocido, pues pronto todos estarían de vuelta hambrientos. Hacía las camas, pero ¡ojo con los colchones de lana!, es decir, que todos los días había que moverlos y darles la vuelta. Barría y regaba las chinas del suelo, los que tuviesen china porque otros los tenían que “loar” porque eran de tierra. Preparaba los carburos para cuando se hiciera de noche encenderlos, los candiles que no les faltara mecha ni aceite, que era el que sobraba de freír las sardinas. Daban vueltas a las morcillas por si tenían moho. Tenían colgada toda la matanza en el techo para que se oreara con el humo. En el mes de abril se recoge y se guarda en las orzas.

Además de toda esa tarea, continuaban con otras mucho más fuertes: la colada, que la lavadora no era otra que sus propias manos y la tabla que hoy está expuesta en los museos.

NOVIAZGO Y CASAMIENTO

Cuando Manuel, su marido, vino a Argallón por primera vez, fue porque era pastor y tenía arrendado los pastos de una finca cercana al pueblo.

El padre de Lola también era pastor, y así es como Manuel y Antonio se dieron a conocer.

Cierto día el padre le preguntó a Manuel:

-¿Cómo puedes aguantar toda la semana sin comer caliente?

Manuel contestó:

-No, no señor. Yo cuezo el puchero por la noche y a mediodía lo caliente y me lo como.

-Anda hombre, mañana te vienes a comer a mi casa.

¡Qué lástima! Apenas tenían para comer en casa de Lola y su padre, como buen hombre que era, arrima otra boca más.

-¡Ah! pues si mañana me voy a comer a su casa, yo le daré a su mujer unos garbanzos que me echó mi madre para los 15 días.

Manuel era de Fuente-Obejuna y cada dos semanas volvía a su casa para ver a su familia.

Pilar, la madre de Lola, no puso ninguna objeción a que Manuel fuera a su casa a comer. Es más, vio el cielo abierto cuando supo que le traería garbanzos, pues estaban a dos velas. En aquellos momentos Pilar tenía más alegría que fuerza.

Así es como Manuel iba todos los mediodías a comer a casa de Lola, llevando media cubeta de leche de cabra.

Como ocurre en todos los pueblos, la gente empezó a murmurar -el pastor quiere a la hija de "la" Pilar, el pastor quiere a la hija de "la" Pilar.

A Lola, todo aquello le ponía las tripas de arriba abajo. Ella no estaba enamorada de Manuel, incluso se casó sin estar enamorada y sin querer a su marido. Simplemente lo hizo porque fue un matrimonio convenido.

Lola tan sólo quiso y se enamoró de un único hombre del que fue su novia, pero las cosas no funcionaron y aquello terminó.

La familia de Lola apreciaba y estimaba mucho a Manuel, pues era un hombre muy recatado, muy educado y apuesto. A todo esto también se le

NOVIAZGO Y CASAMIENTO

sumaba que su familia estuviera bien situada, cosa opuesta a la de Lola, pues pasaban más hambre que un lagarto.

Ante el rumor de que Manuel quería a Lola, éste fue invitado a una boda que se celebró en Argallón. Pretendían que estuvieran juntos. Ella no quería que él se sentara a su lado. Ella tenía su silla y le decía:

*-Aquí no te sientes.
Aquí no te sientes.*

Él no decía nada. Se limitaba a estar callado. Manuel era un poco lacio y Lola una mujer de más marcha, de armas tomar. Aquel hombre, pensaba, no era para ella.

De pronto se acercó José, hermano de Lola, y en cuestión de minutos, buscó una silla para Manuel. Lola tuvo que callar y pasar aquel trago de tenerlo sentado a su vera.

Él nunca había le había dicho a Lola que la quería, nunca salió de su boca palabra alguna para encandilarla, para enamorarla. En cambio ella no lo quería. No quería ni verlo y él lo sabía perfectamente.

Manuel, a pesar del rechazo, seguía comiendo todos los días en

casa de Antonio y Pilar. Uno de esos días, Lola estaba planchando y tuvo que salir a la calle a darle aire a la plancha, cuando de pronto observó que Manuel se le acercaba:

*-Te tengo que decir una cosa.- le dijo Manuel.
-Te tengo que decir una cosa.*

Esas fueron sus palabras. No se atrevía a decir más y de ahí no salía. Lola sintió náuseas.

-Dime ya lo que me tengas que decir.

Ella se lo imaginaba, pues muchos hombres del pueblo que estaban haciendo ladrillo le decían:

-Y el pastor, ¿eh? ¿Cómo es que viene a darle agua dos y tres veces al pilar en la burra?. Pero no viene para darle agua a la burra, viene para verte a ti.

Aquello condenaba a Lola.

Era costumbre en Argallón que todo forastero meara en una piedra redonda situada en el centro del pueblo. Cuando llegó la hora de que Manuel sufriera este rito, José, el hermano de Lola, dijo que él mearía por Manuel.

Quería mucho a Manuel, y no consentiría que pasara por ello y que nadie le hiciera algo, solamente veía en él a una buena persona y que venía con buenas intenciones. Hizo todo lo posi-

NOVIAZGO Y CASAMIENTO

ble por unirlo con su hermana.

Manuel nunca pretendió a Lola pero ella finalmente “se puso a hablar con él”. Ni ella misma sabía explicar cómo sucedió y cómo llegó a esa situación. José fue el culpable de todo, ella no tenía que despreciarlo por nada.

Una vez declarado que ya eran novios, el siguiente paso era hablar con Antonio para conceder el permiso de entrar en casa y hablar con su hija oficialmente. Hasta que no sucediera esto Manuel no podía comer en casa de Lola.

Pilar advirtió a Lola de que ni se le ocurriera dejar a Manuel sentarse a su lado. – Te retuerzo el pescuezo como a una gallina- le repetía una y otra vez. Todo esto a pesar de que a Pilar le agradara Manuel para su hija, pero esto era un asunto diferente y a ella le gustaba llevar las cosas por su sitio. Había que evitar cualquier situación que caldeara el ambiente.

Cuando salían a pasear no podían rebasar el espacio que no advirtieran los ojos de Pilar. Todo estaba controlado. No podían pasar más allá del puente que había a unos setenta metros aproximadamente de su casa. La vista de Pilar no daba para más.

Sabiendo que Manuel era un poco paradillo, aquello de hablar con Antonio le iba a costar bastante. Tres días y tres viajes fueron los que hizo hasta

el lugar donde trabajaba Antonio, pues para entonces ya había dejado de ser pastor y estaba en una finca de hortelano con un primo suyo.

El primer día Joaquín, el primo de Antonio, pensó que Manuel le había hecho una simple visita. Lo agradeció.

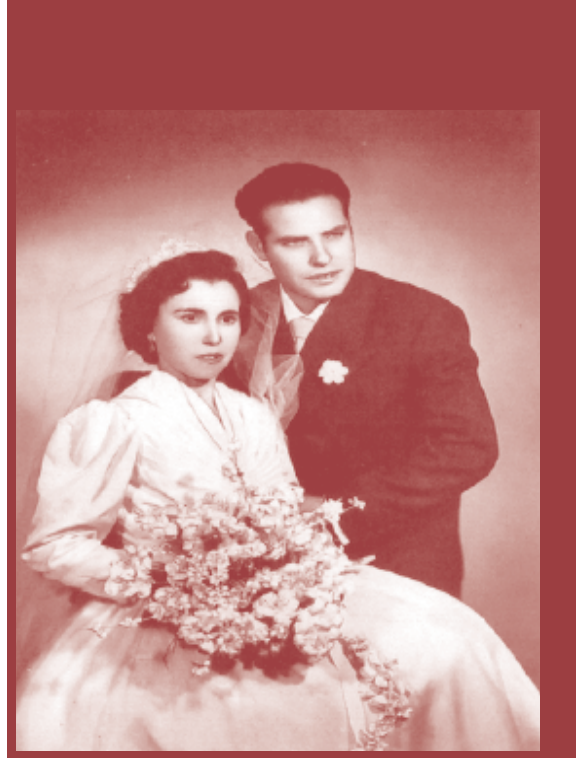
El segundo día se dio cuenta de que algo quería decirle. Antonio no se imaginaba nada.

Y el tercer día ya le dijo Joaquín:

*-Mira muchacho, ya me estás poniendo en alerta. Llevas tres días viniendo por aquí...
-...No. Es que... quiero hablar con el hortelano.
-Hombre, pues lo hubieras dicho “antié”.
-Mira, desde aquí se ve que está regando.*

Manuel se dirigió hacia las tomateras pues era lo que Antonio estaba regando.

*-Hola Manuel.
¿A dónde vas?
-No... aquí.*



NOVIAZGO Y CASAMIENTO

-Me ha dicho mi primo Joaquín que ayer estuviste aquí. ¿Qué quieres?.
-Na..., na.
-Bueno, pues lo que tú quieras. Yo tengo que seguir regando.
-No, si me tengo que ir. Mire yo....Mire usted...
es que... es que quiero hablar con su hija.
-Pues si quieres hablar con mi hija, ¿por qué has venido a hablar conmigo?
-No. Es que quiero entrar en su casa.
-Manuel, yo no te entiendo, porque en mi casa estás cada día. Y si lo que quieres es hablar con mi hija, no tenías que haber venido aquí.
No. Yo lo que quiero es sentarme dentro de la casa con ella.

Manuel era tan tímido que no era capaz ni de dar las explicaciones adecuadas. A pesar de ello Antonio lo entendió y dijo:

-Bueno hombre, si quieres eso nada más. Eso sí, demostrando vergüenza y educación no te voy a decir que no.

Manuel regresó contentísimo diciendo que ya había hablado con el padre de Lola y que ya se podía sentar con Lola igual que su hermana con su novio. Estuvieron seis años y medio de novios y durante todo este noviazgo Manuel siguió siendo ganadero e iba y venía con su burra desde Las Piezas, lugar donde trabajaba, cerca de Fuente-Obejuna, hasta Argallón para verla todos los días.

Y por fin llegó el día de su boda, el 30 de octubre. Justo aquel día empezó a caer agua por la mañana y dejó de llover a los tres o cuatro días.

Aquella tarde Lola salió vestida de novia de su casa, que por aquel entonces estaba en las cercanías de Argallón, y debía de cruzar un arroyo, que nadie era capaz de saltar, para poder llegar a la iglesia.

Lola iba guapísima, con su vestido de cola que su suegra le había comprado. No había vestido más bonito por aquellos entonces de todas las que se habían casado, y menos que llevara una cola larguísima.

Llegaba la hora de la boda, pues quedaba el tercer toque de campana por dar, y Lola seguía sin poder cruzar el arroyo con su vestido. La única solución que se le dio fue buscar la ayuda de hombres que tuvieran carros. Los vecinos y amigos ofrecieron sus carros encantados y poniendo los tableros sobre el regajo es como Lola y su familia lograron saltar el arroyo y llegar a la iglesia a su hora.

NOVIAZGO Y CASAMIENTO

Después de la misa, aquella noche, se hizo una gran celebración en el Bar Salón, situado en la plaza del pueblo. Llegada cierta hora, Lola necesitaba otro tipo de marcha y más diversión que Manuel, pues Lola era más activa que él.

Los novios llevaron el dinero recaudado a casa de Esperanza, hermana de Lola, cuya casa estaba al lado del bar, y una vez allí se pusieron a contarlo. Entre charla y charla ella le decía a Manuel a cada instante por lo bajini: “¿cuándo nos vamos a ir?... ¿Cuándo nos vamos a ir?, pues nunca había visto el cielo y las estrellas y estaba ansiosa por experimentarlo. Él no parecía tener prisa.

A la tercera vez que le repitió “¿Cuándo nos vamos a ir?” cogieron un taxi que los llevaría a su casa. La pareja debía ir a Fuente-Obejuna, a casa de sus suegros, pues allí vivirían y aquella noche estarían solos.

Lola había puesto en su casa lo preciso, media docena de mudas, media docena de sábanas de pieza de lienzo..., lo justo.

Al día siguiente los esposos fueron a comer un pollo con arroz y naranjas a casa de la madrina de Lola.

A los dos días de casarse, Manuel le dice a Lola que se tiene que ir al campo porque las ovejas estaban pariendo y él no podía faltar. Ella decidió irse

con su marido a pesar de que su suegra decía que la gente iba a comentar cosas, que por lo menos se quedara un mes viviendo como señorita.

Cuando aquella tarde llegaron a Las Piezas, Lola se encontró con dos chozos de aulaga con una puerta que los comunicaba.

Manuel se iba con sus ovejas y Lola esperaba en “casa” con una muda amarilla que llevaba una puntilla muy grande que le hacía rozaduras por todo el cuerpo.

Aquella noche ella pensó en hacer un arroz con bacalao para cuando su hombre terminara de encerrar las ovejas. Esa noche llovía a mares y después de cenar Manuel le propuso a su mujer acostarse en el chozo en el que el agua no calara tanto. Lola se decía para sí: “Si en el otro chozo el agua se cala, anda que en éste”. El agua le caía como en la calle.

Lo único que tenía Manuel para acostarse era un viejo colchón de borra negra (especie de lana que olía muy mal) y un gobierno (una manta que si se rompía la unías con la que tenías y así sucesivamente) que estaba tan tieso que no había forma humana de que se le pegara al cuerpo para darle más calor.

NOVIAZGO Y CASAMIENTO

*-Lola, ¿te estás mojando?
-Bueno, un poco.
-Pues te voy a echar el capote que yo llevo todo el día para no mojarme.*

Manuel se levantó y le echó el capote sobre su cuerpo.

Al día siguiente la misma rutina, él con sus ovejas y ella a esperar sola a que regresara su esposo. Así fue la luna de miel de Lola, con el chozo y el capote, sin sábanas y sin nada. La pareja sólo iba al pueblo en fechas señaladas como la Semana Santa, feria...

Lola quedó embarazada de su primer hijo y su entretenimiento fue hacerle a su bebé la canastilla, toda de vainica, a la par que Manuel cuidaba sus ovejas. Si las ovejas se paraban, Lola se ponía a coser, que las ovejas se movían, Lola se movía.

Durante seis años estuvieron en ese chozo de Las Piezas y allí nacieron tres de sus hijos. Cambiaron de finca para irse al Cabril, más cerca de Argallón, pero con el mismo oficio, cuidar las ovejas. En este caso permanecieron cuatro años allí y en este lugar nació otro de sus hijos y un segundo que venía de camino.

EL VIAJE A ALEMANIA

Al cabo de esos diez años Manuel decidió irse a Alemania y lo hizo justo horas después de nacer su último retoño, mientras que Lola se quedó en casa de su suegra con sus cinco hijos y recién parida.

Durante siete años carta iba para allá y carta venía para acá, y una vez al mes hablaban en el único teléfono que había en toda la calle y que era de una vecina. Manuel solamente regresaba en julio o agosto y en Navidades.

Pasaron los primeros seis meses y él volvía para ver a la familia. A su hijo pequeño apenas lo conocía pues había nacido a las siete de la tarde y él se marchó a las cinco de la madrugada. Lola y su cuñada Trinidad iban a la parada del autobús a esperar a Manuel. Cuando éste llegó y de regreso a casa se encontró con su vecina Dolores que llevaba un crío en brazos, le hizo unas carantoñas y le preguntó que si era su nieto. Al decirle Dolores que aquel niño era su hijo, Manuel se emocionó, lo tomó en sus brazos, lo besó y éste lloraba como un descosido ya que su padre era un desconocido para él.

Las vecinas le preguntaron que si se sorprendía de ver a su hijo como estaba y él contestó:

-Esto es muy duro; esto es para quien lo pasa.

EL VIAJE A ALEMANIA

Manuel siempre deseaba regresar a su pueblo, estar con su gente, y quería que el tiempo pasara veloz. Nunca falló en sus vacaciones hasta que a los cinco años de estar en Alemania le dice a Lola que aquellas Navidades no podría ir porque cerraban la fábrica. Su mujer se quedó extrañada, pero ella que era muy lista indagaba pero no averiguaba nada.

Llegó el mes de julio y Manuel regresó. Lola sintió que su marido no venía con ganas de estar con una mujer, sintió que no la deseaba con esa fuerza y ese ímpetu con el que lo había hecho en otras ocasiones. Aquello mosqueó mucho a Lola. Cuando Manuel se acostaba, ella se ponía delante de él provocándolo con el camisón que se había comprado para cuando su marido volviera, pero Lola seguía recogiendo espinas.

A la siguiente Navidad la fábrica volvió a cerrar y ella le propuso irse a Alemania.

-Pues me voy yo para allá.

-No. Que aquí hace mucho frío.

El asunto quedó ahí, pero Lola seguía dando vueltas a su cabeza y se lanzó a marcharse. Un conocido le sacó el billete de avión, de ida y vuelta, y su marido le esperaría en Stockach.

Lola tuvo la mala suerte de que el avión sufriera un retraso y Manuel estuvo esperando en el aeropuerto un

día y una noche. Cuando por fin llegó el avión, el marido la llevó a uno de los mejores comercios y le compró un vestido largo precioso. Ella que llevaba un mantón de manila y sombrero cordobés de color rojo se los colocó e hizo notar la presencia española. Allí conoció a mucha gente y entabló amistad con una mujer de Toledo, María.

Pasó la Nochebuena y Lola se volvió a España, llevando consigo regalos para todos, y muy contenta, pues había estado de maravilla con su marido. A pesar de todo, ella seguía teniendo su desconfianza pero nada podía hacer por aquel entonces.

Mientras, en Alemania, María le dijo a Manuel que Lola le había caído muy simpática y que no quería terminar con esa amistad. También le pidió la dirección para escribirle o el teléfono para hablar con ella. Como Manuel era tan “tonto” e inocente éste le dio a María el número de teléfono. María ni corta ni perezosa llamó a Lola:

-Lola, soy María. Mira, tú me vas a jurar que no le vas a decir nada a nadie, porque mi marido trabaja con el tuyo en la fábrica y puede pasar algo muy grande y grave.

EL VIAJE A ALEMANIA

-Sí, dime.

-Tu marido está con otra mujer.

Lola se quedó aplomada. Era el mes de julio y en aquel verano Manuel no volvía porque se había roto un brazo y estando de baja no podía salir de viaje y menos de Alemania.

De regreso a casa y con el alma rota, Lola se entera de que una vecina había muerto. Se dirige a casa de la difunta, pues quería estar un rato en el velatorio. Una vez allí observa que ha venido de Alemania el hijo de la difunta que se llama Tomás. Le pregunta:

-¿Cuándo has llegado?

-Hace un rato.

-¿Y cuándo te vas?

-Me tengo que ir mañana porque mi mujer está recién contratada y tiene que ir a trabajar, así que yo me tengo que quedar con los niños.

-¿Y cómo te vas?

-Pues, hasta Madrid me lleva Antonio, el taxista.

Lola se vuelve a casa y piensa en irse con Tomás para Alemania, sin decir nada a nadie. Su empeño era presentarse allí.

Aquella mañana Lola mandó, con el taxista, a dos de sus hijos a Argallón, a casa de una cuñada y sin mandar razón alguna. Los otros tres hijos estaban en el colegio.

Cuando Lola salía de su casa llevaba puesto una bata fina de tirantes y un bolso bajo el brazo, con dinero suficiente. Su cuñada Trinidad estaba bariendo su puerta y le preguntó:

-¿A dónde vas?

-A casa de mi madrina.

Lola entró en casa de la difunta, que vivía justo al lado de su madrina, buscando a Tomás para decirle:

-Mira, que me voy contigo.

-¡Chacha! ¿Pero, tú tienes billete?



EL VIAJE A ALEMANIA

-No, pero ya me las apañaré.
 -¡Qué tu marido está bien! ¡Qué solo ha sido un brazo partido y que no le pasa nada!
 -Sí. Ya lo sé Tomás, pero yo me voy contigo.

Cuando llegaron al aeropuerto de Madrid, Lola llamó a la vecina del teléfono:

-Rafaela, soy Lola. Que estoy en Madrid.
 -¡Ay! ¡ay! ¡ay! Tu cuñada ya ha venido tres o cuatro veces preguntando por ti. Muchacha, y ¿qué haces en Madrid?
 -Pues que voy a Alemania.
 -Bueno, pues ya está, ya se lo digo yo a tu cuñada.

Trinidad se tragó el paquete de los tres muchachos.

Tomás y Lola se dirigían a lugares diferentes y por lo tanto debían de separarse en el aeropuerto. Lola se dispuso a sacar su billete en ventanilla donde había un señor mayor:

-Mire usted, quiero un billete para Alemania.
 -Señora, no estará usted bromeando.
 -No. Es que he recibido un telegrama de que mi marido ha tenido un accidente en la fábrica donde trabaja y está muy grave, y yo lo único que quiero no es otra cosa que irme, donde sea, para poder verlo cuanto antes.
 -Caramba, no se ponga usted así.

Lola lloraba a lágrima viva, pero no de pena sino porque Dios le había concedido lo que ella quería.

El señor de la ventanilla le vuelve a decir:

-Señora, si usted me enseña el telegrama...

Lola introdujo su mano en el bolso y empezó a hacer como que buscaba el telegrama.

-¡Ay, madre mía!, que el telegrama me lo he dejado en casa.
 -Y de dónde es usted.
 -Yo, de Fuente-Obejuna.
 -Pues se tiene que esperar usted un poquito.
 -¡Ay, por Dios! no me hagan esto, que tengo cinco niños y sólo es por verlo.
 -Vale, le vamos a dar un billete que hay de reserva.
 -Muchas gracias.

EL VIAJE A ALEMANIA

Una vez en el avión le comenta a las azafatas que va a Alemania por primera vez y por un caso de gravedad, que por favor le avisen cuando llegue al aeropuerto de Stockach. Una vez allí y en el estado de desorientación en que se encontraba, Lola lo que hace es seguir a la gente para conseguir llegar a la puerta de salida.

Lo primero que hizo Lola antes de salir de su casa fue coger la dirección donde vivía su marido para llegar al sitio adecuado.

Cuando vio muchos coches con una luz blanca encima, se dirigió a uno de ellos y sacó el papel donde había escrito las señas y se lo acerca al taxista. El hombre, con gestos, le dice a Lola que está loca, que aquella dirección le queda muy lejos y que le va a costar muy caro. Lola insistía y le señalaba el papel golpeándolo y a la misma vez se aposenta en el asiento delantero del coche. El hombre susurraba en alemán como diciendo esta mujer está loca, y ella temía que el taxista hiciera algo puesto que ella no entendía ni jota de aquel idioma. Finalmente, el taxi se puso en marcha.

Cuando llegaron al lugar, el taxista paró el coche y le habló en ale-

mán. Lola no entendía nada y se decía para sí: "La madre que te parió". Estaba muy nerviosa pero sí reconoció el lugar donde su marido trabajaba. A un señor que pasaba cerca de ellos Lola le gritó:

-Oiga, ¿es usted español?
 -Sí.
 -¿Puede usted venir a pagar el taxi?. Es que no traigo nada más que pesetas y no tengo marcos.
 -Faltaría más.

El español entabló conversación con el taxista y le pagó.

Lola aprovechó la ocasión para preguntarle:

-Vengo a ver a Manuel Conde.
 -No será usted la Asis-tenta Social, ¿verdad?
 -Más o menos.- Lola supo defenderse.
 -Mire señora, en la cuarta puerta de la derecha es donde está Manuel.

Una vez que Lola se situó frente a la puerta llamó con tres golpes secos. Nadie contestaba. Ella volvió a insistir golpeando con más fuerza. Observó que las demás puertas se abrían y que los hombres se asomaban para ver quién era esa mujer que tanto insistía. Al poco, todos intuyeron que era la señora de Manuel y comenzaron a cuchichear.

EL VIAJE A ALEMANIA

La puerta se abrió y apareció Manuel en camisa. Su cara se quedó tan blanca como una pared. Le costaba respirar o, mejor dicho, ni respiraba. En aquel momento, Lola sintió tanta rabia que le echó mano a la camisa y le arañó toda la cara. La camisa quedó destrozada pero la cara de Manuel quedó aún peor.

Cuando Lola se quiso dar cuenta se percató de que junto a Manuel había una mujer rubia, alta, esbelta, en definitiva, un monumento, y que gritaba llamando a la policía. La mujer rubia no sabía que Lola era la esposa de Manuel.

Ante tal griterío acudieron a la habitación unos compañeros y amigos de Manuel, los mismos que una y otra vez le advertían de que alguna vez lo iban a pillar. Éstos explicaron a la rubia quién era esa mujer y que ella debía marcharse de la habitación. Cuando ésta se dispuso a irse Lola se abalanzó sobre ella y vertió toda su furia y rencor hasta que lograron separarla y tranquilizarla un poco.

Una vez a solas, Manuel no decía ni palabra, bueno, la verdad, es que Lola no le dejaba articular nada y le dejó bien claro:

Mira, de aquí no me voy yo hasta que no me busques una casa. Y que sepas que a tus hijos los tengo a todos repartidos, y que ya no me voy de aquí.

A Lola le decían que ahora no podían conseguir eso y ella atacaba:

-¡Me da igual! ¡Yo no me muevo de aquí!.

Llamaron al responsable del lugar y le explicaron a Lola que allí no podía quedarse ninguna mujer.

-¡Qué me da igual! ¡Qué yo no me voy a ir de aquí! – repetía una y otra vez.

A las seis de la mañana Manuel se fue a trabajar y ella se quedó en la habitación algo intranquila por lo que se vistió y se dirigió a la fábrica exigiendo ver al intérprete para explicarle la situación en la que se encontraba:

-Me pasa esto:.....- y se lo contó todo.- Me buscas un piso para traerme a mis hijos o de aquí no me voy. Me da igual donde me lleven.

-Lola, yo salgo a las tres.

-¡Ni a las tres ni leche!. Te vienes ahora mismo y que mi marido salga de la fábrica porque si yo entro va a ser peor.

-Hombre...

EL VIAJE A ALEMANIA

*-Ni hombre ni mujer.
Que tú me busques un
piso para traerme a mis
hijos. Y que sepas que
no me voy a mover de
aquí. Que lo que traigo
puesto es lo que tengo y
me quedaré los días que
me tenga que quedar.*

La situación se hacía insostenible, así que cuando Manuel y el intérprete salieron de la fábrica se subieron en un coche y fueron hacia el ayuntamiento. Habló el intérprete:

*-Esta señora se ha venido
de España sin que su ma-
rido lo supiera y dice que
no se va de las barracas
de la fábrica hasta que no
le den un piso. Y ustedes
saben que eso de quedarse
una mujer en la fábrica
está totalmente prohibi-
do. A ver qué hacemos.*

Al momento el intérprete se dirige a Manuel y le dice:

*-Si quieres un piso
tienes que dar dinero
en un sobre, sino no
hay nada que hacer.*

Por fin consiguieron un piso. Un gran piso con comedor grande y cuatro habitaciones. A los dos días de estar en Alemania Lola regresa a España para recoger a

sus hijos, pues ya tenían un techo para dormir.

Lola recogió a sus hijos en Córdoba, ni siquiera llegó al pueblo.

El piso, que sería el nuevo hogar, no tenía muebles ni nada, y poco a poco y gracias a las donaciones de los conocidos fueron amueblando y comprando cosas. Mientras tanto todos dormían en el suelo.

Después de que la situación volviera a su cauce y calma Manuel estuvo con la rubia tres años. Lola lo descubrió porque su marido muchos días se iba antes para echar horas.

Cierto día le dice a Lola:

*-Me tengo que ir antes porque
tengo que grabar unos dis-
cos en casa del “granaíno”.*

Éste vivía en las barracas.

Lola volvió a desconfiar por lo que tomó un taxi y fue a casa del “granaíno”.

*-Pepe, ¿y Manuel?
Aquí no ha venido.*

Regresó a casa y cuando Manuel volvió otra vez tuvieron la fiesta en casa. Él no logró entrar en su casa hasta que sus hijos se fueron al colegio. Se pasó toda la noche tocando el timbre y sentado en las escaleras.

Días después, Manuel le comenta a su mujer que tiene que ir a hablar con el

EL VIAJE A ALEMANIA

capataz porque tienen un problema en la fábrica. Para esta ocasión él iba muy bien vestido y peinado.

Lola, junto a uno de sus hijos que hablaba muy bien el idioma, tomó un taxi y se juró no bajarse de él hasta no encontrar a su marido. Recorrieron varios lugares, entre ellos bares y salones de baile. De pronto llegaron a un restaurante y Lola observa que el abrigo de su marido está colgado en la percha de entrada. Intenta entrar pero la señorita que atiende el personal le comenta que está todo completo y que no puede pasar. Lola la empuja y se cuela dentro del local con su hijo por delante. Se encuentra a su marido echando el brazo por encima de los hombros a la rubia. En ese momento la música no sonaba pero Lola se hizo sonar y notar.

Esa noche Manuel durmió otra vez en las escaleras y se fue a trabajar con mala cara y muy bien vestido.

Lola cogió del armario toda la ropa de su marido y la metió en dos maletas que envió a la fábrica.

Durante muchos días Manuel pasaba muchas horas sentado en una parada de autobús que había frente al piso.

Lola pensó regresar a España con sus hijos pero sus amigos y familiares la convencieron para quedarse en Alemania. Le costó mucho tomar esa decisión.

Dos meses estuvo Manuel durmiendo en las barracas de la fábrica hasta que Lola lo perdonó y le dio otra oportunidad.

FIN

Escrito realizado por:
Encani Benavente Capilla.
Con la colaboración de:
Josefa Sánchez Naranjo
Benilde Obrero
Teo Benavente Capilla
Carmen Gala Pozo

18
¡LLEGA LA FERIA!

Llega la feria y con ella la algarabía disfrutemos que la vida son dos días.

Ya se aproxima la feria y en casi todas las casas va sacando la parienta la mejor ropa del arca.

La cepilla con cuidado que le de el aire y el sol y que vaya desechando el olor del alcanfor.

Las mujeres con esmero van sus puertas blanqueando y da el pueblo la impresión de haber estado nevando.

El día siete por la tarde con mucha fe y gran ardor a nuestra excelsa patrona sacamos en procesión y a hombros de sus costaleros que la mecen con amor.

Después de la procesión, desfila la cabalgata entre gran algarabía formando gran zaragata la alegre chiquillería.

Con la autoridad, la banda llega al centro del paseo la feria esta inaugurada "puede divertirse el pueblo".

En corrillos nos juntamos para charlar un rato luego nos desperdigamos cada uno por un lado.

Aquí un chato, una copa y acabamos desfilando junto a la tómbola.

El día 8 muy temprano otra vez la procesión más cortita, pero no por eso con menos fervor.

Después de la procesión todos a divertirse, grandes bares en el pueblo hay para degustar en cada uno de ellos una gran especialidad.

Empezamos los entrantes bajo las palmeras del "Hitama", para comer tenemos "Casa Crespo" y el "Gran Bar" cada uno con su especialidad.

En "Casa el Niño Jesús" tomaremos cargadito un cafelito pues dicen es bueno para la digestión y con la tripa bien llena buscaremos un sitio para descansar, vamos para arriba y para abajo

pero nos quedamos en el casino "El Gimnasio" ¡dale a la música! le decimos y sirve un poquito

de champán que moveremos las caderas al ritmo de salsa y cha cha cha. En el real de la feria tenemos las atracciones

los columpios y las norias y enfrente las voladoras
a un lado los caballitos y al otro los cachivaches
los puestos de los buñuelos y el turroneiro.
Día once por la mañana la tristeza esta en el rostro
pues la feria ya se acaba
son las ocho de la tarde la Virgen se va a su casa
y nosotros a ver la gran traca.
Amaneciendo está y nosotros ya cansados
nos marchamos para casa sin un euro
y atentados del cansancio.
Día once, día de limpieza todos a su obligación
y la ropa otra vez al arca con las bolas de alcanfor.

Manoly Rey García (ASOCIACIÓN DE MUJERES CRONOS, BELMEZ)



Que la infancia de nuestros abuelos al igual que la vida de éstos, distaba tanto de la infancia y la vida que tiene ahora cualquier niño nacido en estos tiempos que corren.

Yo pensaba que la vida de hace setenta años era diferente a la nuestra pero no creía que la diferencia fuera tan grande.

Le he hecho una entrevista a mi abuela, Luisa Becerra Márquez, con la cual además de poder completar ésta redacción he conseguido adquirir más conocimientos sobre la vida de mano de una persona tan sabia como mi abuela, que ha adquirido conocimientos a lo largo de su vida.

Cuando empecé a preguntarle por el principio, o sea, por su infancia, me comentó que fue una parte de su vida muy triste puesto que nació en plena guerra civil, su infancia transcurrió entre la guerra y la posguerra por lo que le pilló en una época de hambre y de penas, (aunque ella afirma no haber pasado hambre nunca) me cuenta que vivió sin padre porque lo mataron al comenzar la guerra por lo que el peso de su familia lo llevaron su madre y sus hermanas, que eran cinco, ella como era la más pequeña de todas vivió sus primeros años siempre al lado de su madre yendo de acá para allá con ella, que intentaba ganarse la vida con la pequeña tienda que poseía.

Me cuenta que cuando tenía ocho años dejó la escuela y se puso trabajar como niñera, ahí es donde dice que vio el primer coche que era

de los padres de la niña a la que cuidaba, también ése es el primer coche en el que se subió y recuerda que, “era un coche muy alto y cuadrado”.

A pesar de todo esto me dice que ella nunca ha conocido su casa sin luz ni sin agua corriente aunque al principio sólo había una bombilla en su casa, que tenía un cable muy largo y se iba pasando de una estancia a otra de la casa en las que había en el techo colocados unos ganchos para pasar la bombilla y el cable y así evitar tenerlos por medio. Posteriormente colocaron casquillos y perillas en todas las habitaciones y ya sólo disponiendo de tres o cuatro bombillas e intercambiándolas por los diferentes casquillos podía disponer de luz en todas las habitaciones de la casa. Tampoco me cuenta “penas” con respecto a su higiene pues ella tenía como excusado un estercolero en un lado del corral de su casa al igual que toda la gente de esa época y que se lavaba con una palangana, e incluso a veces se bañaba en un bidón que tenían para el efecto, es decir que en cuestiones de luz, agua e higiene no lo pasó mal.

De la infancia pasó a la adolescencia, la cual la recuerda ya más intensamente y me cuenta cómo se ligaba en aquellos tiempos.

Al salir de la novena de la Purísima un grupo de amigas se iban a pasear a la plaza, en la cual se encontraban los muchachos que se acercaban si les gustaba alguna “mocita”. Si a las “muchachas” les gustaba el “muchacho” hablaban en la plaza mientras paseaban y si ya se llegaba a algo o como dice mi abuela si el muchacho decía “me gustas y quiero seguir adelante” y a ella le parecía bien, empezaban a pasear y más tarde cuando ya esto se transformaba en un noviazgo, el muchacho la acompañaba a casa. El chico iba a ver a la chica pero siempre sin pasar del zaguán de la casa en el cual



según la duración de las visitas se colocaban unas sillas para estar más cómodos. Mi abuela me cuenta que como ella tenía tantas hermanas, en el mismo zaguán llegaban a juntarse tres parejas “hablando”. Conforme esto iba avanzando el novio entraba a la casa y pedía al padre, aunque en éste caso se lo pidió a la madre, poder entrar en la casa y se declaraba como novio oficial, después de esto ya todo iba rodado hasta llegar a la boda.

Pero antes de la boda, había que tomarse el “dicho” en el

delante y en la iglesia daban fe de que los novios se iban a casar libremente y que no iban obligados. Después de esto se iban a la casa de uno de los novios y se convidaba a los testigos a dulces.

Después del “dicho” el siguiente paso era la boda, semejante a las de ahora.

La diferencia más notoria es “el convite de bodas”, que a diferencia de hoy en día a los invitados se les ofrecían dulces y anís. También en la boda de mi abuela hubo un grupo de música amenizando la fiesta y cuenta como anécdota que el convite con todo incluido le costó cerca de nueve mil pesetas, que para aquellos tiempos era bastante y que más o menos pudo pagarla con lo que le dieron los invitados.

De viaje de novios, fueron a Andujar, donde tenían unos familiares, y allí se quedaron durante unos días. El viaje lo hicieron en autobús y tardaron más del doble de lo que se tardaría actualmente ya que tanto los medios de transporte como las carreteras no eran como las de hoy en día y ella lo recuerda como algo excepcional porque en aquellos entonces no todo el mundo “podía irse de viaje de novios”.

Al poco tiempo de casados se fueron a Bilbao para trabajar y ganarse la vida.

A la pregunta de cuándo vio por primera vez la radio y la televisión me contesta que fue en el tiempo que estuvo viviendo en el País Vasco puesto que aquello “estaba más adelantado” y también me dice como anécdota que fue en aquella tele en blanco y negro donde vio el asesinato de Kennedy .

Con respecto a la radio me cuenta que se compraron una radio pequeña en la que mi abuelo le gustaba escuchar a Farina.

Y esto es todo lo que mi abuela me ha contado en base a mis preguntas, me ha sido muy agradable echar éste rato con ella porque aunque algunas de las cosas que me ha contado ya se las había oído antes, otras han sido nuevas para mí y me han resultado muy interesantes.

La vida en aquellos años era muy difícil: sobre todo para la gente que no poseía muchos terrenos y no ganaban casi nada. Afortunadamente mi abuela se casó con un hombre que poseía varios terrenos y una inmensa casa. Mi abuela vivía en Peñarroya- Pueblonuevo, y mi abuelo vivía en la Granjuela: mi abuelo al poseer tantos beneficios era uno de los más ricos en su pueblo.

Se conocieron porque mi abuela estaba buscando trabajo por todas partes, porque su madre no podía trabajar más porque tenía un hijo inválido y tenía que cuidarlo. Por esta razón éste se operó varias veces, ya que estaba inmóvil de las caderas para abajo.

Entonces mi abuela fue a la casa de mi abuelo a pedir trabajo y la aceptaron como criada; pero cuando mi abuela conoció a mi abuelo éste estaba viudo y con dos hijos.

Y pasadas unas semanas mi abuelo se enamoró de mi abuela, y mi abuela tardó en admitirlo como novio varias semanas. La madre de mi abuelo admitió a mi abuela para ser pareja de mi abuelo, y así empezaron su romance hasta que pasó un año y medio y se casaron.

En aquellos tiempos se ligaba cuando los hombres pretendían a la mujer que a ellos les gustaba. Éstos le decían a todas las mujeres que pasaban por su lado cosas bonitas por si alguna accedía a sus halagos.

En los tiempos de mi abuela todas las parejas estaban vigiladas por sus padres, y como en esos tiempos no había luz, pues se iban a la

oscuridad para que nadie los viesan dándose un beso, cogidos de la mano,...

Mis abuelos se casaron a las 11 de la noche, porque era una tradición de esos tiempos.

Mi abuela se casó de negro, porque mi abuelo tenía luto de su primera mujer; en el viaje de novios se fueron a Peñarroya-Pueblonuevo, durante una semana en el hotel “El Sol”.

Mis abuelos no hicieron el convite de su boda el mismo día que se casaron; sino que lo hicieron a los dos días siguientes.

El día del convite solamente invitaron a sus familias, y comieron lo que había en esos tiempos. Mi abuelo era cazador, y cazó perdices y mató algunos gallos que tenía en el corral; y eso fue lo que pusieron en su convite de bodas.

El primer coche que vieron fue un biscute, y lo vieron aproximadamente cuando tenían 30 años. El coche era de color rojo, y era del mismo tamaño que estos que no necesitan carné en los tiempos de hoy en día.

En el pueblo donde vivía mi abuela no tenía nadie luz y por las noches la gente veía con candiles pero en el año 1.968 aproximadamente apareció la luz en todo el pueblo.

Entonces en conmemoración celebraron una fiesta para celebrar que había aparecido la luz y se reunió todo el pueblo en una casa.

En aquellos años solamente tenían televisión los que tenían bares, pero alguna gente tenía en su casa, pero eran muy pocos los que podían disfrutar de la televisión.

La gente se iba a los bares y allí se ponían a ver la televisión. Mi abuela recuerda algunas películas, como

“Los Santos” y “Fugitivo”.

En la radio escuchaban novelas, como una que recuerda mi abuela que le gustaba muchísimo, “Simplemente María”.

En aquellos tiempos no tenían cuartos de baño y para hacer sus necesidades, tenían que hacerlas en un estercolero situado en el corral con los animales. La gente se lavaba la cara, las manos,... todos los días; pero lavarse todo el cuerpo se lo lavaban a la semana; y la ropa la lavaba en río y la tendían en el suelo.

No tenían tampoco agua potable y por esta razón bebían en un pozo que mi abuelo tenía en el camino de Valsequillo.

Toda la gente iba a beber en el pozo que mi abuelo tenía, mi abuelo era muy generoso, pues le daba agua a toda la gente que lo necesita.

Mi abuela recuerda momentos felices en sus tiempos, pero desde muy joven tuvo que sacar a su familia para adelante.

Mi abuela dice que compara sus tiempos con estos de hoy en día no tienen nada que ver, el uno al otro; porque en los tiempos aquellos todas las parejas estaban vigiladas por sus padres y no como ahora que hacen lo que quieren sin darles explicaciones a sus padres.

También los niños y niñas de la infancia de mi abuela eran más obediente que los de ahora, y en los tiempos en los que vivimos en la actualidad los niños están muy consentidos porque hay donde elegir, pero en aquellos tiempos no había donde elegir.

Mi abuela dice que en estos tiempos hay muchas tecnologías como: (ordenadores, MP3, móviles,...) y en los tiempos de ella no había nada.

Mi madre nació el 7 de diciembre de 1955. Se casó el 1 de enero de 1989 con 33 años. De viajes de novios fueron a Madrid, a Valencia y a Palma de Mallorca.

Tiene dos hermanas y un hermano, ella es la más pequeña. Cuando era una niña fue a la escuela, allí jugaba con las muchachas que más o menos tenían su edad, los juegos eran de muchos jugadores, no eran juegos de un jugador como los videojuegos. Jugaban a la comba, al parchís, a la oca, etc. La escuela era grande, había muchos niños, estaban separados niños y niñas, había clase hasta el sábado y también por la tarde. En aquellos tiempos casi todos o todos los profesores pegaban. Mi madre dejó la escuela a los quince años que estaba en 4 de Bachillerato. El primer coche que vio fue el Citroen-2 caballos. Era una furgoneta y la tenían para repartir el pan por el pueblo y también iban a los cortijos cercanos a llevar pan, porque antes había gente que vivía en un cortijo.

El primer teléfono era para todo el pueblo. Tenía como dos trompetillas, una se ponía en la oreja y la otra en la boca. Cuando pasaron unos cuantos de años, mi abuelo puso el teléfono en la que ahora es nuestra casa, que fue uno de los primeros teléfonos que hubo en el pueblo. La primera televisión que vio era en blanco y negro, la compró su padre y era grande para aquellos tiempos, también fue una de las primeras que hubo en el pueblo y los niños iban a ver la tele a su casa. La casa



en la que vivía era grande, tenía un doblado, un corral, tenía muchas habitaciones, las paredes estaban hechas de piedras y barro, no tenían cuarto de baño, tenían que salir a hacer sus necesidades al corral, en el que había una especie de cuarto hecho con tablas donde había un retrete, en el corral también había un pozo, que era de donde se sacaba el agua para lavar la ropa, para ducharse, etc. Pero esa agua no se podía beber.

En la casa había muy pocas bombillas, estaba comunicada con la panadería del pueblo, ya que la panadería era de mi abuelo, después de mi tío y ahora es de mi prima.

Mis padres se conocieron en una fiesta en la plaza del pueblo.

El primer trabajo que tuvo mi madre fue panadera y confitera en la panadería de su padre (ahora es ama de casa). El primer trabajo de mi padre fue agricultor que es el que sigue teniendo.

Mi madre conseguía la información a través de periódicos y en la televisión, porque en aquella época ya existían los periódicos y la televisión. Cuando tenían que ir a Córdoba a cualquier cosa tardaban en llegar alrededor de tres horas.

Agustín Rodríguez Obrero 3 o A

TRABAJO SOBRE LA VIDA ANTIGUAMENTE ARANTXA MURILLO CAÑABATE

• **Cómo conoció a su marido?**

Lo conoció en una semana santa paseando. Él tenía novia y ella tenía su novio, pero cuándo se fue hacer la mili empezó a mandarle poemas de amor en tarjetas románticas y cuando vino de hacer la mili y dejó a su novia fue a un baile donde estaba mi abuela, y allí empezó su noviazgo.

• **¿Cómo se ligaba en aquellos tiempos?**

En aquellos tiempos se conquistaba bailando, acercándose a quién deseabas conquistar, paseando, diciendo cosas bonitas...

• **¿Cómo se casaron?**

Mi abuela se casó en la iglesia; de color blanco. Invitaron a la gente diciéndolo de casa en casa.

• **¿El viaje de novios y que comieron en su boda?**

No hubo viaje de novios porque hubo una tormenta. Iban a ir a Córdoba. En el convite comieron dulces y para los hombres agua ardiente o coñac.

• **¿El primer coche que vio?**

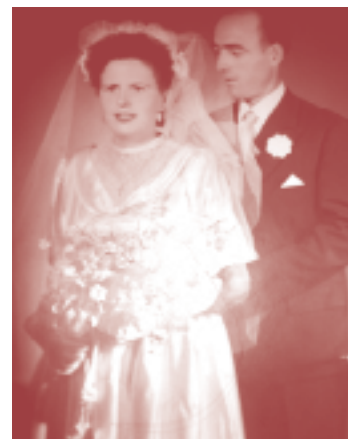
El primer coche que vio, fue de un hombre de Málaga que vino para transportar a la gente rica. Era con el techo alto y la cabina muy grande; negro y colorado.

• **¿Cuándo vieron una bombilla, una radio o una televisión?**

La bombilla la vio en una feria con máquinas y le decían a mi abuela que no la podían tocar porque era peligro de muerte; la radio en casa de una vecina y lo primero que escuchó fueron noticias de la guerra; y la televisión en casa de otra vecina y vio por primera vez a Masiel.

• **La higiene, ¿Tenían cuarto de baño?**

No tenían cuarto de baño, era un corral donde criaban a



las gallinas y a la mula; allí hacían las necesidades de la familia que vivían y la mula se encargaba de enterrarlas bajo tierra.

• **Evolución con el paso del tiempo.**

Mi abuela cree que eso no tiene ni punto de comparación con lo que hay hoy día, y piensa que si alguien de aquellos tiempos resucitara, no sabría vivir aquí.

También dice que esto no tiene ni principio ni fin a como Vivian antes ellos, ya que la tecnología seguirá avanzando.

Arantxa Murillo Cañabate 3º "C"

BIOGRAFÍA MANUEL GÓMEZ BORREGO

MI abuela se llama Dolores, nació el 15 de agosto de 1927, es la mayor de 9 hermanos. Su infancia fue dura, ya que vivía en tiempos de la posguerra y faltaba casi de todo, la comida escaseaba, básicamente comían de lo que producían, cultivos, ganado. Así tenían alimentos para consumir directamente, como el trigo para hacer pan, los garbanzos, con los cereales que obtenían de los cultivos alimentaban al ganado, a las gallinas, a los cerdos y así obtenían huevos, carne, leche, etc. También hacían la matanza del cerdo en invierno, donde toda la familia colaboraba para hacer el chorizo, el jamón, tocinos, etc, para ellos era como una especie de fiesta.

Como era la mayor de 9 hermanos, tenía que ayudar a su madre con las tareas de la casa, cuidar de sus hermanos y también ayudar en el trabajo del campo. En su poco tiempo libre jugaba en la calle con sus amigos y vecinos al truque, al cántaro y a la goma y algunas noches iba a la escuela.

Su casa era humilde, el techo carecía de bóvedas, sólo tenía el tejado de fuera.

El suelo era de tierra, no tenían cuarto de baño, se aseaban en una palangana con agua que sacaban del pozo. Tenían un sitio en el corral donde hacían sus necesidades, a la cual se le llamaba estercolera. Se alumbraban con una bombilla en la parte principal de la casa, en este caso en el comedor, para el resto de la casa se alumbraban con candiles de aceite.

Para informarse de las noticias, tenían una radio en la casa, porque no había televisión ni

teléfono. Para comunicarse con la familia de fuera que normalmente se iban para hacer la mili, eran las cartas, que algunas personas tenían que pedirle ayuda a otras para que se las leyeran.

Su medio de transporte, cuando hacían un viaje muy largo por ejemplo a Córdoba, era el autobús. Cuando era un viaje cerca, como a Pueblonuevo, iban andando o en burro, pues en el pueblo casi nadie tenía coche, sólo los más ricos.

Con el paso del tiempo mi abuela conoció en un baile a mi abuelo Francisco, durante unos años fueron novios y se casaron en 1955.

En la boda, la familia hacía dulces que se ofrecían junto a la tradicional copa de anís. Sus padres le regalaron trigo y animales, también recibieron dinero. Tuvieron dos hijos mi tío Francisco y mi padre Manuel.

En cuanto a las mejoras que ha visto a lo largo de su vida, la calidad de vida en la sanidad, el aseo, los electrodomésticos, las casa, los coches, etc. Por otra parte la vida de antes le gusta más, porque era de otra manera, la familia estaba más unida, ya que vivían casi todos en la misma casa porque la situación económica no era lo suficientemente buena para independizarse y porque el padre poseía la mayor parte de las propiedades. A pesar de todas las mejoras que hay hoy día y que hacen que la vida funcione mejor, echa de menos la vida en familia, porque contaban todos para lo bueno y para lo malo.

Manuel Gómez Borrego 3º de ESO A
Instituto Lope de Vega (Fuente Obejuna).

JOSEFA ANTONIA BARROSO RUÍZ

Nació el 11 de Enero de 1915, con actualmente 93 años de edad. Se casó en 1935 con Victoriano Corvillo Chamorro, en Castuera (provincia de Badajoz), conoció a su marido sobre los 18 años, cuando ella trabajaba en una casa como sirvienta, lavando la ropa de toda la familia del que próximamente sería su esposo; su boda no fue impuesta, ellos estaban convencidos de su amor y de querer casarse, aunque el padre de ella no estaba totalmente de acuerdo con aquel matrimonio, finalmente acabó casándose a los 20 años; se casó en el juzgado de Castuera y cuando finalizó la guerra volvieron a Ojuelos Altos y se casaron por la iglesia, quedándose establecidos hasta que su primera hija (Victoriana) se casó aproximadamente en el año 1963, su hija se quedó en Ojuelos Altos, y ella junto con su marido se fue a Barcelona con el resto de sus hijas. No pudieron realizar viaje de novios como consecuencia de la Guerra Civil Española de 1936, pero anduvieron por muchos lugares pero sin una estancia fija.

En su infancia no pudo tener una formación académica por cuestiones económicas; se alimentaba de productos que obtenía de sus propias cosechas, las comidas típicas eran: migas, cocido, gazpacho, habichuelas, y sobre todo muchas verduras. Practicamente no tuvo niñez en la que poder jugar, ya que se dedicaba a vender por las calles dulces desde muy pequeña, tan sólo a jugado con unas muñecas que ella misma elaboraba con trapos, madera... Su casa constaba de dos habitaciones, una cocina y un pasillo, hechas con piedras y algunas baldosas de poca calidad dispersas por toda la casa. No tenían cuarto de baño, sus necesidades las hacían en latas o en orinales; se alumbraba con la luz de un candil y con candelas, la primera vez que entró una bombilla



en su casa fue aproximadamente en el año 1931, la televisión y el teléfono son unas de las tecnologías que en su casa no han habido, hasta los cincuenta años no las conoció, para llamar por teléfono

no tenían que ir a un establecimiento público.

Debido a los escasos recursos económicos, tanto la higiene como la vestimenta eran muy deficientes, se bañaban en un barreño calentando el agua en el fuego; la ropa era de colores oscuros y nunca llamativos ni de manga corta, una falda larga y unas medias, hasta en verano.

La información la obtenían mediante un pregonero que pasaba habitualmente, ya que no había otro medio de comunicación. Para llegar a Córdoba existía una línea férrea que salía desde Peñarroya-Pueblonuevo hasta el destino, pero el desplazamiento hasta este lugar a veces era a pie y en otras ocasiones en coche, tardaban aproximadamente dos horas saliendo desde Peñarroya, sin contar el tiempo que tardaban en llegar hasta la vía férrea. La primera vez que vio un coche fue hacia los años 40.

MEJORAS QUE HA VISTO EN LA MUJER: Generalmente ha mejorado todo muchísimo, la forma de vida, la forma de trabajar, el acceso a nuevas tecnologías y al mercado laboral y sobretodo la independencia.

Ana Belén López Castillejo



Grupo de Desarrollo Rural Valle del Alto Guadiato
c/ Maestra, 36. 14290. FUENTE OBEJUNA (Córdoba)
Tel: 957 58 52 65
Fax: 957 58 51 50
e-mail: gdrguadiato@guadiato.com.
www.guadiato.com